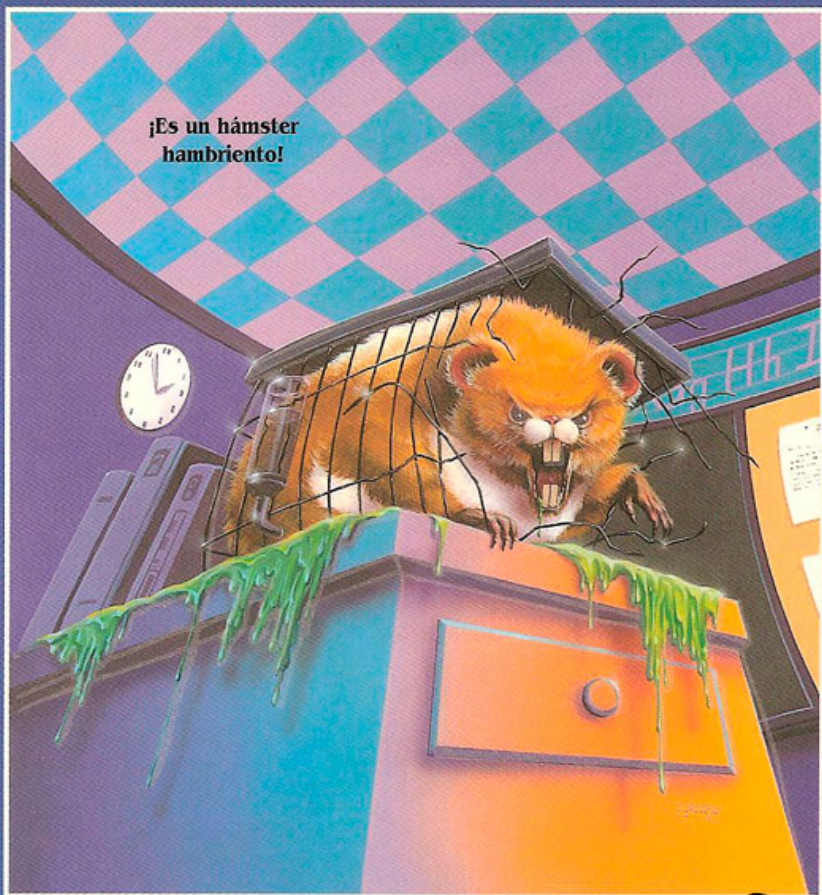


R.L. Stine

Pesadillas

Sangre de monstruo II

¡Es un hámster
hambriento!



se

Evan Ross no puede dejar de pensar en Sangre de monstruo y lo sucedido el último verano. Fue horrible y tan espantoso que es difícil de olvidar. Lo malo es que el profesor de Ciencias no le cree y le han castigado a limpiar la jaula del hámster por contar mentiras. Andy, su amiga, llega a la ciudad y las cosas aún comienzan a ir peor. Porque Andy le ha traído un regalo, un inquietante y misterioso regalo. Es algo verde y pegajoso... que está empezando a crecer.



R. L. Stine

Sangre de monstruo II

Pesadillas — 16

ePub r1.1

javinintendero 08.10.13

Título original: *Goosebumps #18: Monster Blood II*

R. L. Stine, 1994

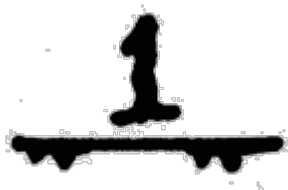
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero

Digitalización del texto: Rayul

ePub base r1.0





Evan Ross retrocedió hasta un rincón sin apartar la vista de su perro Trigger. El cocker spaniel de pelaje castaño bajó la cabeza y miró a su dueño con sus ojos marrones y húmedos, moviendo la cola a toda velocidad.

—¡Trigger...! —le gritó Evan enfadado—. ¿Has vuelto a comer Sangre de Monstruo?

El perro agitó la cola más deprisa, dio unos pasos hacia Evan y profirió un ladrido que retumbó como un trueno. El muchacho se apretujó todavía más contra la pared oscura. Trigger jadeaba sacando su enorme lengua rosa, más grande que una rodaja de salami.

—¡Dime! —insistió Evan—. ¿Has comido más Sangre de Monstruo?

La respuesta era evidente. Esa misma mañana Trigger era un cocker spaniel de tamaño normal. Ahora era gigantesco, tan alto como un poni. Sus patas peludas retumbaban en la alfombra como pezuñas de elefante. Su enorme cola, al golpear contra el sofá de cuero, sonaba como un bombo.

De pronto el perro soltó un agudo y excitado ladrido que estremeció las paredes. Evan se tapó los oídos.

—¡Quieto! ¡Quieto! —gritó.

El perrazo jadeaba y movía la cola frenéticamente.

«¡Oh, no! —pensó Evan horrorizado—. ¡Quiere jugar!»

—¡Siéntate! —chilló el muchacho—. ¡Siéntate!

Pero Trigger no sabía sentarse. Durante diez años, es decir,

¡setenta años perrunos!, Evan había intentado enseñarle a sentarse cuando se le daba la orden. Pero con Trigger no había manera.

—¿Dónde has encontrado la Sangre de Monstruo? —le preguntó—. Todos la vimos desaparecer. Desapareció en el aire, se esfumó. Sabes muy bien que ese mejunje te hace crecer y crecer y crecer. ¿De dónde lo has sacado?

Trigger ladeó la cabeza como si intentara comprender las palabras de Evan. Luego, moviendo la cola muy nervioso, echó a correr hacia el muchacho.

«¡No! —pensó Evan—. ¡Se me va a echar encima! ¡Va a saltar! ¡Y como me salte encima, me aplasta!»

Una gigantesca gota de baba escapó de la boca abierta de Trigger y cayó en la alfombra. Se oyó un sonoro ¡plaf!

—¡Siéntate! —chilló Evan, con la voz ahogada por el pánico—. ¡Vamos, siéntate! ¡Siéntate!

Trigger vaciló un momento. Evan veía horrorizado cómo el perro crecía cada vez más. ¡Trigger era ya más grande que un caballo!

¿De dónde habría sacado el perro la Sangre de Monstruo?, se preguntó Evan, cada vez más apretujado contra la pared. ¿De dónde la habría sacado?

Los ojos marrones del perro parecían dos oscuras lagunas. Trigger lanzó otro ladrido ensordecedor. Toda la casa se estremeció.

—¡Oh! —exclamó Evan tapándose la nariz. El hediondo aliento del animal le había abofeteado como una ráfaga de viento. Olía a rata muerta—. ¡Atrás! ¡Atrás, Trigger! —suplicó Evan.

Pero Trigger tampoco había aprendido a obedecer esa orden, y sin más advertencia saltó sobre el muchacho.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —chilló él.

Trigger abrió la boca y le dio un lametón en la cara. Su gigantesca lengua era áspera y caliente. Evan tenía todo el pelo pegajoso, lleno de saliva de perro.

—¡No, por favor! —gritó—. ¡Sólo tengo doce años! ¡Soy demasiado joven para morir!

Evan quiso chillar otra vez, pero las fauces de Trigger se cerraron en torno a su cintura y lo dejaron sin aliento.

—¡Trigger, suéltame! ¡Suéltame!

El perro tiró una lámpara con la cola. Había cogido a Evan entre los dientes, con suavidad pero firmemente.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

¿Por qué no le hacía caso el muy idiota? Evan movía los brazos y las piernas frenéticamente, intentando liberarse, pero Trigger lo tenía bien cogido. El perro lo llevó a través del pasillo, y al llegar a la cocina abrió con la cabeza la puerta, que se cerró tras ellos de golpe. A continuación, Trigger echó a trotar por el césped.

—¡Perro malo! ¡Desobediente! —gritaba Evan con tono agudo, aunque sólo le quedaba un hilillo de voz.

¡Trigger todavía crecía más! ¡Evan estaba por lo menos a un metro del suelo!

—¡Suéltame! —suplicó—. ¡Suéltame!

Evan veía la hierba del jardín trasero saltar por debajo de él. Todo su cuerpo vibraba con los jadeos de Trigger, y notaba que tenía los tejidos y la camiseta empapados de saliva.

«Trigger no quiere hacerme daño —se dijo Evan—. Sólo tiene ganas de jugar. Menos mal que es un perro muy viejo y ya no tiene los dientes afilados.»

El perro se detuvo al borde de un macizo de flores y bajó a Evan casi hasta el suelo, aunque sin soltarlo. Entonces empezó a escarbar con las patas en la tierra blanda.

—¡Suéltame! —chilló Evan espantado—. ¡Trigger! ¡Escucha!

El perro seguía con lo suyo sin hacerle caso, echando sobre Evan su aliento caliente y hediondo. Cuando el muchacho se dio cuenta de lo que Trigger estaba haciendo, lo sacudió una oleada de terror.

—¡No! —gritó—. ¡No me entierres, Trigger!

El perro cavaba cada vez más deprisa, moviendo las patas con furia. La tierra pasaba volando por delante de la cara de Evan.

—¡No soy un hueso! —chilló frenético—, ¡Trigger! ¡No soy un hueso! ¡No me entierres! ¡No me entierres, por favor!

2

—Parece que estabas en el país de los sueños —dijo el profesor, con una sonrisa y cierto brillo en sus pequeños ojos negros.

—Sí —contestó Evan con voz solemne—. Estaba soñando con la Sangre de Monstruo. No puedo dejar de pensar en eso.

Desde la espantosa aventura que vivió el verano anterior con aquella masa verde y pegajosa, Evan había estado soñando día y noche con ella.

—Evan, por favor —cortó el señor Murphy. Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—¡La Sangre de Monstruo existe! —estalló Evan furioso.

Los chicos se echaron a reír otra vez, pero el profesor se puso muy serio y miró a Evan a los ojos.

—Evan, soy profesor de ciencias y no esperarás que un profesor de ciencias se crea que encuentras en una juguetería una lata de masa verde que hace crecer desmesuradamente las cosas.

—Pero es verdad —insistió Evan.

—Eso se lo creería un profesor de ciencia ficción, pero no uno de ciencias —replicó el señor Murphy, sonriendo encantado de su juego de palabras.

—¡Pues es usted tonto! —exclamó Evan.

Lo había dicho sin querer e inmediatamente supo que había cometido un tremendo error. Todos los chicos de la clase se habían quedado de piedra.

La cara del señor Murphy se fue oscureciendo hasta quedar como un globo rojo. Pero el profesor no perdió los estribos.

Entrelazó las manos sobre la camisa verde que cubría su enorme barriga y Evan vio cómo contaba en silencio hasta diez.

—Evan, eres nuevo en el colegio, ¿verdad? —preguntó por fin mientras su rostro recuperaba poco a poco su habitual tono rosado.

—Sí —contestó Evan con un hilo de voz—. Mi familia se trasladó a Atlanta este otoño.

—Bueno, tal vez no sepas cuáles son las normas aquí. A lo mejor en tu antiguo colegio a los profesores les gustaba que les llamaras tontos. A lo mejor os pasabais el día insultando a los profesores. A lo mejor...

—No, señor —le interrumpió Evan bajando la cabeza—. Es que se me ha escapado.

La clase estalló en carcajadas. El señor Murphy se quedó mirando a Evan con el ceño fruncido y una expresión furiosa.

Evan se sentía fatal.

«Déjame ya», pensó tristemente. Echó un vistazo en torno a la clase y vio un mar de rostros sonrientes.

«Me parece que he vuelto a meter la pata —pensó entristecido—. ¿Por qué no sabré tener la boca cerrada?»

El señor Murphy miró el reloj de pared.

—Bien, la clase casi ha terminado —dijo—. Para resarcirnos del tiempo que nos has hecho perder, nos vas a hacer un favor, Evan.

«Oh, oh —pensó Evan de mal humor—. ¿Qué querrá ahora?»

—Cuando suene la campana, guarda los libros en tu taquilla y luego vente a limpiar la jaula de Cuddles.

Evan soltó un gruñido y miró en dirección a la jaula del hámster, que estaba contra la pared. Cuddles andaba dando vueltas entre las virutas de madera del suelo de la jaula.

«¡Oh, no! ¡El hámster no!», se dijo Evan. Odiaba a Cuddles, y el señor Murphy lo sabía. Era la tercera vez que lo castigaba a quedarse después de clase para limpiar aquella asquerosa jaula.

—Así, mientras limpias la jaula —dijo el profesor volviendo a su mesa—, meditarás sobre tu comportamiento en clase de ciencias naturales.

Evan se levantó de un salto.

—¡No pienso hacerlo! —gritó. Todos se lo quedaron mirando sin respirar—. ¡Odio a Cuddles! ¡Odio a ese hámster gordo y estúpido!

Ante la mirada horrorizada de toda la clase, Evan se acercó corriendo a la jaula, abrió la portezuela y cogió a Cuddles con una mano. Luego, con un ágil movimiento, lanzó al hámster por la ventana.

3

Evan estaba soñando despierto. Ni se había levantado gritando ni había tirado al hámster por la ventana. Sólo se lo había imaginado. Todo el mundo se imagina de vez en cuando que hace alguna salvajada, pero a Evan jamás se le ocurriría cometer una locura de ese calibre. En realidad lo que hizo fue decir: «Está bien, señor Murphy.» Luego se sentó en silencio y se quedó mirando por la ventana las esponjosas nubes blancas en el cielo azul.

En el cristal veía reflejada su propia imagen. Su pelo de color zanahoria estaba más oscuro en el reflejo, igual que las pecas. Tenía una expresión afligida. Odiaba hacer el ridículo delante de toda la clase.

«¿Por qué me estaré metiendo siempre en líos?—se preguntó Evan—. ¿Por qué el señor Murphy no me deja en paz? ¿Es que el profesor no se da cuenta de lo difícil que es ser nuevo en un colegio? ¿Cómo voy a hacer amigos si el señor Murphy siempre me está dejando en ridículo?»

Además, nadie se creía lo de la Sangre de Monstruo. Evan había llegado al colegio con muchas ganas de contárselo todo a sus nuevos compañeros. Les explicó que ese verano se había quedado unos días con su tía abuela y que junto con Andy, una niña que había conocido allí, encontraron un tarro de Sangre de Monstruo en un viejo y polvoriento almacén de juguetes. Luego, la asquerosa Sangre de Monstruo había empezado a crecer cada vez más. Primero se salió del tarro, luego se salió de un cubo ¡y a continuación ya no cabía siquiera en una bañera! ¡Y seguía

creciendo y creciendo como si estuviera viva!

Evan les contó a los chicos que Trigger se había comido un poco de aquella cosa y se había puesto tan grande como una casa. Era una historia espeluznante, increíble. Evan estaba seguro de que a sus nuevos amigos les parecería estupenda... Pero no. Lo que les pareció a los chicos es que Evan era un bicho raro. Nadie se creyó la historia. Se rieron de él y le dijeron

que estaba mal de la cabeza. Evan empezó a ser conocido en el nuevo colegio como el chico que inventaba historias raras.

«Si pudiera demostrarles que la historia es cierta —pensaba Evan muchas veces—. Si pudiera enseñarles la Sangre de Monstruo.»

Pero la misteriosa sustancia verde había desaparecido antes de que Evan se marchara de casa de su tía abuela. No había quedado ni rastro.

En ese momento sonó la campana. Todos se levantaron para salir de clase entre charlas y risas. Evan sabía que muchos de sus compañeros se estaban riendo de él, pero no les hizo caso. Cogió su mochila y se encaminó hacia la puerta.

—Date prisa en volver, Evan —le dijo el señor Murphy desde su mesa—. ¡Cuddles te está esperando!

Evan soltó un gruñido y salió al atestado pasillo.

Si tanto le gustaba al profesor aquel asqueroso hámster, ¿por qué no limpiaba él nunca la jaula?, pensó con amargura.

Un grupo de niños se echó a reír al ver pasar al muchacho. ¿Por qué se reían de él? No tenía ni idea. Evan echó a correr hacia su taquilla... y de pronto algo le dio en la pierna justo por encima del tobillo. Trastabilló y se cayó de narices al suelo.

—¡Oye! —gritó enfadado.

Al alzar la vista se encontró con un enorme chicarrón de su clase, un chaval con pinta de duro, llamado Conan Barber y al que todos llamaban Conan el Bárbaro por razones evidentes.

Conan tenía doce años, pero parecía tener veinte. Era más alto, más corpulento, más fuerte y más malo que ningún otro chico del colegio. No tenía mala pinta, eso había que reconocerlo: pelo rubio y ondulado, ojos azules, y además de guapo era muy atlético y practicaba todos los deportes del colegio.

No, no estaba nada mal, se decía Evan con cierta envidia. Sólo que tenía una mala costumbre: a Conan le encantaba hacer justicia a su apodo. Le encantaba ser Conan el Bárbaro. Le encantaba ser un matón y pegar a los chicos más enclenques que él... ¡que eran todos!

Evan no había hecho buenas migas con él. Lo había conocido en el patio pocas semanas después de llegar a Atlanta. Ansioso por causar una buena impresión, Evan le había contado todo lo de la Sangre de Monstruo. Pero a Conan no le gustó nada la historia. Se quedó mi-

rando a Evan con sus fríos ojos azules durante un rato larguísimo, luego endureció la expresión y murmuró entre dientes:

—Aquí, en Atlanta, no nos gustan los listillos.

Ese día le dio a Evan una buena paliza. Desde entonces, Evan había intentado no volverse a acercar a él, pero no era fácil.

Ahora se lo quedó mirando, tirado en el suelo como estaba.

—Oye, ¿por qué me has puesto la zancadilla? —preguntó con voz chillona.

Conan se encogió de hombros y esbozó una sonriente mueca.

—Ha sido sin querer.

Evan intentó decidir qué era más seguro, si levantarse o quedarse en el suelo. «Si me levanto me dará un puñetazo —se dijo—. Si me quedo en el suelo me pisoteará.»

La decisión era peliaguda, pero no tuvo tiempo de meditarla. Conan se agachó y con una mano levantó a Evan.

—¡Déjame, Conan! —suplicó—. ¿Es que no puedes dejarme en paz?

Conan volvió a encogerse de hombros. Era una de sus réplicas favoritas. Le chispeaban los ojos.

—Tienes razón, Evan —dijo, ya sin sonreír—. No debí ponerte la zancadilla.

—Sí —convino Evan, alisándose la camiseta.

—Así que te puedes vengar —le ofreció Conan.

—¿Eh? —Evan se lo quedó mirando.

Conan sacó pecho.

—Vamos, pégame en el estómago. Te dejo.

—Venga ya —contestó Evan. Intentó retroceder y tropezó con

un grupo de muchachos.

—Vamos —insistió Conan, siguiéndolo—. Pégame en el estómago con todas tus fuerzas. Así estaremos en paz.

Evan se lo quedó mirando.

—¿Lo dices de verdad?

Conan asintió con los labios apretados y sacó pecho otra vez.

—Venga, dame con todas tus fuerzas. Te prometo que luego no té pegaré.

Evan vaciló sin saber qué hacer. «Puede que no vuelva a tener una oportunidad como ésta», pensó. Se dio cuenta de que había mucha gente mirando. Si le pegaba con todas sus fuerzas a lo mejor le hacía daño, a lo mejor Conan gritaba... Y tal vez los chicos empezaran a respetarle un poco.

«Seré Evan, el Matador de Gigantes, el chico que golpeó a Conan el Bárbaro», se dijo. Levantó el puño.

—¿Eso es tu puño? —gritó Conan echándose a reír.

Evan asintió.

—Ooooh, cómo me va a doler —dijo Conan con sarcasmo, moviendo las rodillas como si le temblaran.

Todos se echaron a reír.

«Se va a llevar una sorpresa», pensó Evan enfadado.

—Venga, con todas tus fuerzas.

Conan cogió aire y contuvo el aliento. Evan echó atrás el brazo y lanzó un puñetazo con toda su alma. ¡Ploc! Sonó el puño al dar contra el estómago de Conan. Fue como golpear una pared de cemento. A Evan le ardía la mano de dolor.

—¡Eh! —gritó una voz enfadada.

Evan se dio la vuelta sobresaltado... y se encontró con el señor Murphy que lo miraba furioso.

—Nada de peleas —bramó el profesor.

El señor Murphy se interpuso entre los dos muchachos y jadeando se volvió hacia Conan.

—¿Por qué te ha pegado Evan? —preguntó.

4

Conan se encogió de hombros y abrió desmesuradamente los ojos con expresión inocente.

—No lo sé, señor Murphy —replicó con una vocecilla afligida—. Evan vino de pronto y me pegó con todas sus fuerzas. —Conan se frotó la tripa y soltó un gemido—. Me duele mucho.

El señor Murphy miró a Evan con los ojos entornados y la cara muy roja otra vez.

—Evan, lo he visto todo. La verdad es que no te comprendo —dijo en tono sereno.

—Pero, señor Murphy... —comenzó Evan.

El profesor alzó la mano para hacerle callar.

—Si estabas enfadado por lo que ha pasado en clase, no deberías pagarlo con los demás.

Conan se frotó otra vez la barriga.

—Espero que Evan no me haya roto nada —murmuró.

—¿Quieres ir a la enfermería? —preguntó el señor Murphy.

Conan negó con la cabeza. Se notaba que le costaba trabajo poner la cara seria.

—No, estoy bien.—A continuación se marchó con paso vacilante.

¡Menudo hipócrita!, pensó Evan amargamente. ¿Había sabido Conan que Murphy estaba allí viéndolo todo? Probablemente.

—Ve a encargarte de Cuddles —le dijo el señor Murphy con el ceño fruncido—. E intenta comportarte, Evan. No te voy a quitar el ojo de encima.

El muchacho masculló una réplica y volvió a la clase. La luz del sol entraba por los ventanales y una fuerte brisa agitaba la ventana abierta junto a la mesa del profesor.

Enfadado, preocupado y con un nudo en el estómago, Evan atravesó el aula desierta hasta llegar a la jaula del hámster. Cuddles arrugó el morro a modo de saludo. Ya conocía la rutina. El muchacho miró a la criatura blanca y marrón. ¿Por qué a la gente le gustarían los hámsters?, se preguntó. ¿Porque arrugaban el morro? ¿Porque daban vueltas y vueltas en sus ruedas como si fueran completamente idiotas? ¿Por sus dientes salidos?

Cuddles lo miraba con sus ojillos negros. «Tiene los mismos ojos del señor Murphy —pensó Evan riéndose para sus adentros—. A lo mejor por eso a Murphy le gusta tanto.»

—Bueno, bueno, eres muy mono, sí —le dijo Evan al hámster—. Pero yo conozco tu secreto. ¡No eres más que una rata disfrazada!

Cuddles volvió a arrugar el morro. Evan suspiró y se puso manos a la obra. Conteniendo la respiración, debido a aquel odioso olor, sacó la bandeja de debajo de la jaula.

—Pero mira que eres cochino —le dijo al hámster—. ¿Cuándo vas a aprender a limpiar tu habitación?

Todavía sin respirar, Evan substituyó los viejos papeles de periódico por otros nuevos que había en una caja en el armario y colocó la bandeja en su sitio mientras Cuddles lo observaba todo con gran interés. A continuación le puso agua limpia.

—¿Te apetecen unas pipas? —le preguntó Evan, un poco más contento ahora que su trabajo casi había terminado.

Sacó la cajita de comida de la jaula y fue al armario, al otro lado del aula, para coger las pipas.

—Mira, Cuddles, ¡qué ricas!

Fue a llevar la comida al hámster pero de pronto se detuvo sobresaltado a medio camino. La puerta de la jaula estaba abierta de par en par. ¡Cuddles había desaparecido!



Evan se quedó atónito mirando la jaula vacía. Un gruñido escapó de sus labios. Frenético, dio un rápido vistazo por toda la habitación.

—¿Cuddles? ¿Cuddles? —llamó con voz asustada.

«¿Por qué grito? —se preguntó, dándose la vuelta totalmente aterrorizado—. ¡El idiota del hámster no sabe ni su nombre!»

En ese momento oyó que alguien se acercaba por el pasillo. ¿Sería el señor Murphy? «No, por favor. ¡No! —suplicó Evan en silencio—. Que no sea el señor Murphy. Por favor, que no vuelva hasta que tenga a Cuddles encerrado en su jaula.» El profesor no se cansaba de decir que Cuddles era su bien máspreciado, y Evan sabía que si algo le pasaba al hámster, el señor Murphy la tomaría con él durante el resto del curso. No... ¡Durante el resto de su vida!

Evan se quedó inmóvil en el centro del aula, escuchando con toda su atención. El ruido de pasos se desvaneció y Evan respiró de nuevo.

—¡Cuddles! ¿Dónde te has metido? —preguntó con voz temblorosa—. Mira, tengo unas pipas riquísimas para ti.

Entonces vio al animalillo peludo en la repisa de las tizas de la pizarra.

—¡Ahí estás! ¡Ya te tengo! —susurró, acercándose de puntillas.

Cuddles estaba distraído comiéndose un trozo de tiza blanca. Evan se acercó más.

—Tengo pipas para ti, Cuddles. Están mucho más ricas que la tiza.

Cuddles tenía la tiza cogida con las patas delanteras y le daba vueltas mientras la roía. Evan se acercó más... más...

—Mira, pipas. —Tendió hacia el hámster la caja de plástico llena de pipas, pero Cuddles no alzó la vista. Evan se acercó un poco más... Más cerca... lo justo para abalanzarse...

¡Y falló!

El hámster soltó la tiza y salió corriendo por la repisa de la pizarra. Evan se lanzó de nuevo tras él frenéticamente, pero no logró atrapar más que un puñado de aire.

El muchacho soltó un gruñido al ver que el hámster saltaba al suelo y se escondía detrás de la mesa del señor Murphy. Al correr, sus patitas resbalaban en el suelo de linóleo y se oía el chasquido de sus uñas.

—¡No te escaparás! ¡Estás muy gordo!

Evan se puso de rodillas para mirar debajo de la mesa. Cuddles le devolvió la mirada desde la oscuridad. El hámster jadeaba muy deprisa y su cuerpo se hinchaba con cada respiración.

—No te asustes —susurró Evan intentando calmarlo—. Te voy a meter otra vez en tu jaulita.

Se acercó rápidamente a la mesa. El hámster lo miraba y jadeaba sin moverse... Hasta que Evan intentó cogerlo. En ese momento Cuddles salió disparado.

Evan se levantó de un brinco, enfadado.

—¡Cuddles! ¿Qué te pasa? ¡Esto no tiene gracia!

Desde luego, aquello no tenía ninguna gracia. Si no lograba meter al hámster en la jaula, el señor Murphy le suspendería, seguro. O lo echaría del colegio. ¡Tal vez incluso conseguiría que echaran a su familia de Atlanta!

«Calma—se dijo Evan—. Que no cunda el pánico.» Respiró hondo y en ese momento vio al hámster en el repecho de la ventana abierta.

«¡Muy bien! ¡Ahora sí que puede cundir el pánico!», pensó.

La situación no era para menos. Intentó llamar a Cuddles, pero se había quedado sin voz. Entonces tragó saliva y se acercó muy despacio a la ventana.

—Ven aquí, Cuddles —susurró—. Por favor, Cuddles... Ven... Más cerca, más... Ya casi podía tocarlo, casi...

—No te muevas, Cuddles. No te muevas.

Tendió la mano despacio, muy despacio. Cuddles lo miró con sus dulces ojos negros y saltó por la ventana.

6

Evan se quedó parado un segundo, pero de inmediato saltó por la ventana en pos del hámster. Por suerte la clase de ciencias estaba en la planta baja. Evan aterrizó de narices en un seto y tuvo que forcejear y retorcerse durante un rato hasta conseguir levantarse.

Avanzó unos pasos por el césped, luego se giró y se quedó mirando el seto.

—Cuddles, ¿estás ahí?

Se agachó para ver mejor. El seto rodeaba todo el edificio del colegio. Sería imposible dar con Cuddles si estaba ahí metido. «Si no lo encuentro—pensó Evan amargamente—, ¡más vale que tampoco me encuentren a mí!»

A su derecha, en el patio de juegos, se oían voces alegres y despreocupadas. Evan, sin levantarse, se volvió hacia ellas y en ese momento vio una bola marrón que avanzaba tambaleándose por el césped en dirección al patio. Pero no, no era una bola.

—¡Cuddles!

«¡Esta vez no se me escapa! —decidió Evan. Se levantó de un brinco y echó a correr tras el animal—. ¡Lo atraparé aunque tenga que tirarme encima de él!», se prometió el muchacho. Por un momento se imaginó a Cuddles planchado como una torta debajo de él: una pequeña alfombra redonda de hámster. A pesar del pánico que sentía, la idea de ver a Cuddles convertido en alfombra hizo que en el rostro sudoroso del muchacho se dibujara una sonrisa.

Evan seguía corriendo sin apartar la vista del animal. Cuddles se

acercaba a toda prisa al patio de juegos.

—¡Oh, no! —gritó Evan horrorizado al ver que el roedor salía disparado como una flecha delante de dos niñas que iban en bicicleta. Las chicas iban riendo y no vieron siquiera al hámster.

«¡Van a atropellar a Cuddles!», pensó Evan dando un respingo. Cerró los ojos y esperó oír el ¡chaf! Pero las bicicletas pasaron de largo tranquilamente. Evan vio a Cuddles que continuaba su paseo sano y salvo.

—¡Cuddles! ¡Ven aquí! —gritó furioso.

El hámster aceleró el paso y fue a dar al campo de béisbol, resbalando con sus patitas en la arena de la tercera base. Varios niños dejaron de jugar y se lo quedaron mirando.

—¡Cogedlo! ¡Coged al hámster! —gritó Evan desesperado.

Pero los chicos se echaron a reír.

—¿Sabes cómo hay que cogerlo? —le dijo un chaval muy bromista llamado Robbie Greene—. ¡Haciendo ruido de pipas!

—¡Qué chiste más malo! —comentó una niña.

—¡Gracias por tu ayuda! —replicó Evan con sarcasmo.

El muchacho echó a correr hacia el montículo del lanzador y cuando ya había cruzado la segunda base se dio cuenta de que había perdido de vista a Cuddles. Se detuvo bruscamente, con el corazón latiéndole a toda velocidad, y escrutó el campo con la vista.

—¿Dónde... dónde se ha metido? —balbuceó—. ¿Lo habéis visto?

Pero los chicos habían reanudado su juego.

«¡No puedo perderlo ahora! —pensó Evan, presa del pánico—. ¡No puedo perderlo!»

Se enjugó con una mano la frente, empapada de sudor, y con la otra se mesó los rizos pelirrojos. Tenía la camiseta mojada y pegada a la espalda, y la boca más seca que una bola de algodón. Salió fuera del campo y se puso a buscar entre la hierba.

—¡Cuddles!

Nada, ni rastro.

Vio un bulto marrón y redondo, pero resultó ser un guante de béisbol.

—¡Cuddles!

En el siguiente campo también estaban jugando. Los chicos

gritaban y animaban a su equipo. Evan vio que Bree Douglas, una niña de su clase, llegaba a la segunda base justo antes que la pelota.

—Eh, ¿habéis... habéis visto a Cuddles? —resolló Evan, que llegaba a la carrera. Los chicos se lo quedaron mirando atónitos.

—¿Aquí? —preguntó Bree, sacudiéndose el polvo de las rodillas—. Evan, ¿has sacado al hámster a dar un paseo?

Todos se echaron a reír burlándose de él.

—Se... se ha escapado—contestó Evan, todavía jadeando.

—¿Es esto lo que buscas? —dijo una voz familiar.

Al darse la vuelta, Evan se encontró a Conan Barber que sonreía encantado, con los ojos brillantes. En la mano tenía a Cuddles, cogido por la piel del lomo. El hámster agitaba las cuatro patas en el aire.

—¡Lo has cogido! —gritó Evan agradecido—. Se escapó por la ventana —añadió tras un largo suspiro de alivio. Tendió las manos para coger al animal, pero Conan lo apartó de golpe.

—¿Cómo sé que es tuyo? —preguntó sonriendo.

—¿Eh?

—¿Puedes identificarlo? —inquirió Conan, mirándolo a los ojos, desafiándole—. Demuéstrame que el hámster es tuyo.

Evan tragó saliva y miró a su alrededor. Los chicos empezaban a arracimarse en torno a él, todos sonrientes, encantados con la malvada broma de Conan.

Evan suspiró con cansancio e intentó otra vez coger a Cuddles, pero Conan, que le sacaba por lo menos un palmo de altura, lo alzó por encima de la cabeza, fuera de su alcance.

—Demuestra que es tuyo —repitió, sonriendo a los demás.

—Venga ya, Conan —suplicó Evan—. Llevo una hora persiguiendo al dichoso hámster.

Sólo quiero meterlo en su jaula antes de que el señor Murphy...

—¿Y el permiso? —preguntó Conan, sin bajar al animal—. Enséñame la licencia de animales.

Evan dio un salto con las dos manos estiradas, intentando coger a Cuddles, pero Conan era demasiado rápido y lo apartó a tiempo. Algunos chicos se echaron a reír.

—Dale el hámster, Conan —dijo Bree, que no se había movido de la segunda base.

A Conan le llameaban los ojos.

—Te voy a decir cómo lo puedes recuperar —le dijo a Evan.

—¿Qué? —Evan se lo quedó mirando. Se estaba hartando de los jueguecitos de Conan.

—Si lo quieres—prosiguió el matón, acariciando al hámster y estrechándolo contra su pecho—, tienes que cantar una canción.

—¡De eso nada! —saltó Evan—. ¡Dámelo, Conan!

Evan tenía la cara cada vez más caliente y tuvo miedo de que alguien notara que le temblaban las rodillas.

—Si cantas El patio de mi casa te daré a Cuddles, te lo prometo —afirmó Conan con una sonrisa irónica.

Los chicos se echaron a reír y se acercaron más, deseando ver lo que haría Evan. Pero éste sacudió la cabeza.

—Ni hablar.

—Venga —le apremió Conan, acariciando la piel marrón del hámster—. El patio de mi casa, una estrofa nada más. Sabes cómo es la canción, ¿no?

Más risas crueles entre los muchachos. La sonrisa de Conan se ensanchó.

—Venga, Evan. A ti te gusta cantar, ¿no?

—No, odio cantar—masculló Evan sin apartar los ojos de Cuddles,

—No me seas modesto —insistió Conan—, Seguro que cantas de maravilla. ¿Eres soprano o alto?

Nuevas carcajadas.

Evan cerró con fuerza los puños. Quería pegar a Conan, atizarle hasta no poder más. Deseaba borrar a puñetazos la sonrisa de su cara. Pero no se le habían olvidado las consecuencias de golpear a Conan: era como golpear un camión.

Evan respiró profundamente.

—Si canto la dichosa cancioncita, ¿me darás el hámster de verdad?

Conan no contestó y, de pronto, Evan se dio cuenta de que ya no lo miraba a él. Nadie lo miraba. Todos habían alzado la vista por encima de él. Evan se dio la vuelta... y se encontró de narices con el señor Murphy.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el profesor, mirando primero a

Evan, luego a Conan y después a Evan otra vez.

Pero antes de que Evan pudiera decir nada, Conan alzó el hámster.

—Es Cuddles, señor Murphy. Evan lo dejó escapar, pero yo lo rescaté justo cuando lo iban a atropellar.

El señor Murphy resopló horrorizado.

—¿Que lo iban a atropellar? —exclamó—. ¿Que iban a atropellar a Cuddles?

El profesor tendió sus manos regordetas para coger al animal y lo estrechó contra su pecho mientras hacía ruiditos con la boca para tranquilizarlo.

—Gracias, Conan —dijo después de calmar a Cuddles. Entonces miró ceñudo a Evan—. Estoy muy decepcionado contigo.

Evan quiso defenderse, pero el señor Murphy le hizo callar con un gesto.

—Ya hablaremos mañana. Ahora tengo que devolver al pobre Cuddles a su jaula.

Evan se dejó caer al suelo, mirando al señor Murphy que se iba con su hámster hacia el edificio del colegio. «El señor Murphy anda como un pato, igual que Cuddles», pensó. Normalmente esa idea le habría animado, pero ahora se sentía tan mal que nada podía animarle. El matón de Conan le había dejado en ridículo delante de todos. ¡Y encima se las había apañado para buscarle problemas con el señor Murphy dos veces en una misma mañana!

Los chicos se habían puesto a jugar otra vez. Evan se levantó despacio y echó a andar hacia el colegio para coger su mochila. No sabía a quién odiaba más, si a Cuddles o a Conan. De pronto se imaginó a Cuddles en una bandeja, relleno y metido en el horno. Pero ni siquiera una idea tan estupenda consiguió animarlo.

Cuando llegó a su taquilla se echó la mochila al hombro y cerró la puerta dando un golpe que resonó en todo el pasillo desierto. Luego se encaminó hacia su casa sumido en sus tristes pensamientos.

«Qué día más espantoso —se dijo—. Bueno, por lo menos ya no me puede pasar nada peor.»

Acababa de cruzar la calle y caminaba delante de un alto seto... cuando de pronto alguien se le echó encima, le cogió los hombros

por detrás y lo tiró bruscamente al suelo. Evan lanzó un grito, sobresaltado, y miró el rostro de su agresor.

—¡Tú! —gritó.

7

—Esto ha sido una advertencia, Evan —dijo Andy con una sonrisa—. No te metas en el equipo de lucha.

—¡Andy! —exclamó Evan sorprendidísimo—. ¿Pero qué haces aquí?

Después de ayudarlo a levantarse, la chica echó atrás la cabeza para apartarse de la frente un corto mechón de pelo castaño. Sus ojos marrones brillaban de emoción.

—¿Es que no has leído mis cartas? —preguntó.

Evan había conocido a Andy el verano anterior, durante la temporada que pasó con su tía abuela, y los dos se habían hecho buenos amigos. Andy estaba con él cuando encontró la lata de Sangre de Monstruo, y ambos compartieron aquella espantosa aventura. A Evan le gustaba Andy porque era divertida y valiente, y un poco alocada. ¡Siempre se le ocurrían las ideas más disparatadas! Andy ni siquiera vestía como las otras niñas que Evan conocía, no. A ella le gustaban los colores vivos. Precisamente ahora llevaba una camiseta sin mangas de color rojo brillante y unos pantalones cortos a juego con sus zapatillas de deporte, ambos amarillos.

—En la última carta te dije que mis padres se iban al extranjero por un año—dijo Andy, dándole un empujón amistoso—. Te dije que a mi me mandaban a Atlanta, con mis tíos. ¡Te dije que viviría a tres manzanas de tu casa!

—Ya lo sé, ya lo sé —replicó Evan poniendo los ojos en blanco—. Pero es que no esperaba que te me echaras encima así.

—¿Por qué no? —preguntó Andy mirándolo a los ojos.

Evan no supo qué contestar.

—¿Te alegras de verme? —preguntó ella.

—No —bromeó él.

Andy se metió en la boca una brizna de hierba mientras caminaban hacia la casa de Evan.

—Mañana empiezo las clases en tu colegio —le dijo ella.

—Qué emocionante —se burló él.

Andy lo echó de la acera de un empujón.

—Yo creía que en el sur la gente era más educada.

—Soy nuevo aquí —replicó Evan.

—¿Cómo está Trigger? —preguntó ella, dándole una patada a una piedra.

—Bien.

—Mira que te gusta hablar—dijo ella con sarcasmo.

—No estoy de humor —confesó Evan—. He pasado un día de perros.

—¡Seguro que no ha sido tan horrible como el día en que la Sangre de Monstruo enloqueció!

Evan soltó un gruñido.

—No me menciones la Sangre de Monstruo, por favor.

Andy se lo quedó mirando y se puso serio.

—¿Qué pasa, Evan? Estás preocupado de verdad. ¿No te gusta vivir aquí?

Evan sacudió la cabeza.

—No mucho.

Entonces le contó todos los problemas que tenía en el colegio nuevo: lo de Cuddles y el señor Murphy. Sabía que el profesor le había cogido manía. También le habló de Conan el Bárbaro; le dijo qué la tenía tomada con él, que siempre le estaba buscando líos, gastándole bromas de mal gusto y dejándolo en ridículo.

Ya habían llegado a la nueva casa de Evan: un edificio de dos pisos, de ladrillo rojo. El último sol de la tarde se hundía tras una nube esponjosa y una amplia sombra comenzaba a cubrir el jardín.

—Y nadie se cree lo de la Sangre de Monstruo —añadió.

Andy se quedó con la boca tan abierta que se le cayó la brizna de hierba.

—¿Les has contado lo de la Sangre de Monstruo? —preguntó

atónita.

Evan asintió.

—Sí, ¿por qué no? Es una historia estupenda, ¿no?

—¡Y esperabas que te creyeran! —exclamó Andy, dándose un golpe en la frente—. ¿No pensaron todos que estabas loco?

—Pues sí —contestó Evan amargamente—. Todos me toman por un bicho raro.

Andy se echó a reír.

—¡Pero es que lo eres!

—¡Muchísimas gracias, Annnndrea! —masculló Evan. Sabía que Andy odiaba que la llamaran por su verdadero nombre.

—No me llames Andrea —dijo ella cortante, levantando un puño—, si no quieres llevarte un golpe.

—Annnndrea. —Evan se agachó para esquivar un puñetazo—. ¡Pegas como una niña! —exclamó.

—¡Pues tú vas a sangrar como un niño! —le amenazó ella riéndose.

—¡Oye! —A Evan se le había ocurrido de pronto una idea—. ¡Tú podrías decirle a todo el mundo que no soy raro!

—¿Qué? ¿Y por qué iba a hacerlo?

—No, en serio —insistió Evan, muy nervioso—. Les puedes decir a todos que lo de la Sangre de Monstruo es cierto, que tú la has visto.

La expresión de Andy cambió por completo. Sus ojos oscuros se iluminaron y una sonrisa socarrona apareció en sus labios.

—Puedo hacer algo mucho mejor —dijo con aire misterioso.

Evan la cogió del hombro.

—¿Sí? ¿Qué quieres decir? ¿Qué puedes hacer?

—Ya lo verás. He traído una cosa.

—¿Qué? ¿Qué has traído?

—Quedamos mañana después del colegio, en aquel parque—dijo Andy, señalando un pequeño parque que comenzaba en la siguiente manzana y se extendía junto a un arroyuelo.

—¿Pero qué es? —exclamó Evan.

Andy se echó a reír.

—Me encanta atormentarte —declaró—. Aunque es demasiado fácil. —Dio media vuelta y echó a correr por la calle a toda

velocidad.

—¡Eh! ¡Espera! —gritó Evan—. ¿Qué es lo que tienes? ¿Qué has traído?

Pero Andy ni siquiera se volvió.



Esa noche Evan soñó con la Sangre de Monstruo, como casi todas las noches. En el sueño, su padre comía un poco de esa masa gelatinosa. Luego quería ir a su oficina, pero había crecido tanto que no cabía por la puerta.

—¡Ahora sí que te has metido en un lío! —aullaba su padre, el señor Ross, haciendo estremecer toda la casa—. ¡Un buen lío!

Un buen lío.

Evan se incorporó en la cama, con aquella frase grabada en la mente, e intentó quitarse de encima la sensación de sueño. Las cortinas oscilaban en silencio ante la ventana abierta. Más allá, las pálidas estrellas moteaban un cielo negro como el carbón. Con un poco de esfuerzo se podía ver la Osa Mayor. ¿O era la Osa Menor? Evan nunca se acordaba.

El muchacho cerró los ojos, se apoyó en la almohada y se puso a pensar en Andy. Se alegraba de que se quedase a vivir en Atlanta por una temporada. Andy, que a veces era un verdadero incordio, también era muy divertida. ¿Qué tendría que enseñarle? Probablemente no era nada, supuso Evan. Seguro que no había sido más que una broma. A Andy le encantaba gastar bromas tontas.

«¿Cómo la puedo convencer para que cuente en el colegio lo de la Sangre de Monstruo? —se preguntó—. ¿Cómo convencerla para que les diga a todos que yo no me he inventado esa historia, que todo es verdad?»

Sin dejar de pensar en su problema, Evan cayó en un sueño inquieto.

El día siguiente, en el colegio, no fue mucho mejor que la víspera. Durante la hora de lectura, Conan se metió a hurtadillas debajo del pupitre de Evan y le ató los cordones de una zapatilla con los de la otra. Cuando Evan quiso levantarse para ir a beber, se cayó de narices. Se hizo un corte en una rodilla, pero a nadie le importó. Los chicos se pasaron un buen rato riéndose de él.

—¡La madre de Evan le ha atado mal los cordones esta mañana! —iba diciendo Conan, y todos se tronchaban de risa.

En clase de ciencias, el señor Murphy llamó a Evan.

—Mira cómo está el pobre Cuddles —dijo el profesor, sacudiendo la cabeza con expresión solemne.

Evan miró la jaula. Cuddles estaba acurrucado en un rincón, debajo de un montón de jirones de papel de periódico, temblando y respirando agitadamente.

—El pobre Cuddles lleva así desde ayer —declaró el señor Murphy, mirando a Evan con un rostro acusador.

—L-lo siento —balbuceó el muchacho, mirando al tembloroso animalillo.

«Estás fingiendo, ¿verdad, Cuddles?—pensaba—. ¡Estás fingiendo para buscarme problemas!»

El hámster se agitó y lo miró con ojos tristes.

Cuando Evan volvió a su asiento, notó que se le empapaban los pantalones. Pegó un grito y se levantó de un brinco. Alguien, seguramente Conan, le había volcado un vaso de agua fría en la silla. Toda la clase se estuvo riendo de él por lo menos durante diez minutos, pero las risas cesaron en cuanto el señor Murphy amenazó con castigarlos después de clase.

—Siéntate, Evan —ordenó el profesor.

—Pero, señor Murphy...

—¡Que te sientes inmediatamente!

Evan se dejó caer en la silla mojada. ¡Qué remedio!

Andy le estaba esperando junto al arroyuelo que atravesaba el parque. Los árboles se inclinaban y susurraban bajo la brisa cálida. Las ramas de un pino muy alto se inclinaban sobre el agua como si intentaran cruzar el arroyo. Andy llevaba una camiseta de un azul

brillante y unos pantalones cortos verde limón. Estaba mirando su reflejo en el agua lodosa del arroyo, cuando Evan la llamó. Ella se dio la vuelta, sonriente.

—¿Qué hay?—saludó Evan, dejando caer la mochila al Suelo.

—¿Qué tal en el colegio?

—Como siempre —le contestó Evan con un suspiro. Luego se le animó el semblante— ¿Qué has traído?—preguntó ansioso.

—Ya lo verás. Cierra los ojos. —Andy se los tapó con la mano—. Y no los abras hasta que yo te lo diga.

Evan obedeció, pero en cuanto Andy retiró la mano, los abrió lo justo para ver algo. Andy se metió detrás de un pino y sacó una pequeña bolsa de papel marrón.

—¡Estás mirando! —le acusó cuando volvió junto a él—. ¿A que sí?

—Un poco —confesó Evan con una sonrisa.

Andy le dio un puñetazo en broma en el estómago y él dio un grito y abrió los ojos.

—¿Qué hay en la bolsa?

Andy se la dio. Evan miró dentro... ¡Y se quedó con la boca abierta! Era un tarro azul del tamaño de una lata de aceitunas.

—Andy... tú... tu... —balbuceó Evan, mirando la bolsa con los ojos como platos. Metió la mano, sacó el tarro de plástico y leyó la desvahída etiqueta: «Sangre de Monstruo.» Debajo, en letra muy pequeña ponía: «SORPRENDENTE SUSTANCIA MILAGROSA.»

—Lo he recuperado —anunció Andy muy orgullosa.

Evan no podía sobreponerse de su sorpresa.

—¡Has traído Sangre de Monstruo! ¡Es increíble! ¡Has traído Sangre de Monstruo!

—No. —Andy sacudió la cabeza—. Está vacío, Evan. El tarro está vacío.

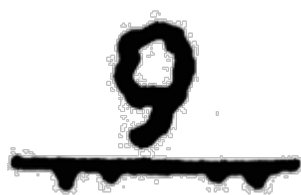
A Evan se le demudó el semblante y soltó un suspiro de absoluta desilusión.

—Pero se lo puedes enseñar a todo el mundo —insistió su amiga—. Así les demostrarás que no te has inventado la historia, que la Sangre de Monstruo existe de verdad.

Evan suspiró otra vez.

—¿De qué sirve un tarro vacío? —gruñó.

Abrió la tapa, miró dentro... y lanzó un chillido.



Con una mano temblorosa Evan levantó la tapa para que Andy mirara dentro.

—¡Oh, no! —exclamó ella llevándose las manos a las mejillas.

El tarro estaba medio lleno. En su interior, una masa verde y pegajosa relucía al sol como gelatina. La Sangre de Monstruo.

—¡Pero si estaba vacío! —protestó Andy sin quitarle el ojo de encima—. ¡Té lo aseguro!

Evan sacudió el tarro y la masa gelatinosa se estremeció.

—Debió quedar algún pegote pequeño en el fondo —supuso Evan—. Y ahora está creciendo otra vez.

—¡Genial! —Andy le pegó tal manotazo en la espalda que a Evan casi se le cayó el tarro de las manos.

—¿Genial? ¿Qué le ves de genial? —preguntó tembloroso.

—Pues que se lo puedes enseñar a los del colegio. Ahora tendrán qué creerte a la fuerza.

—Supongo que sí —convino Evan con un hilo de voz.

—¡Oye! ¡Se me ocurre una idea mejor! —exclamó Andy con un travieso brillo en los ojos.

—Oh, oh —gimió Evan.

—Mete un trocito mañana en la comida de ese Conan. Cuando se haga más grande que un hipopótamo todos verán que la Sangre de Monstruo existe de verdad.

—¡De eso ni hablar! —Evan cogió el tarro azul con las dos manos, como protegiéndolo de Andy—. ¡Conan ya es bastante grande! —dijo dando un paso atrás—. No quiero que crezca ni un

centímetro más. ¿Sabes lo que sería capaz de hacerme si fuera un gigante?

Andy se echó a reír y se encogió de hombros.

—Sólo era una idea.

—Una idea malísima, una idea fatal.

—Qué aburrido eres —se burló Andy. De pronto, se lanzó de un salto sobre él para intentar quitarle el tarro. Evan se dio media vuelta y se agachó para protegerlo.

—¡Dámelo! —gritó Andy entre risas, haciéndole cosquillas en los costados—. ¡Dámelo! ¡Dámelo!

—¡No! —Evan se soltó y echó a correr hacia un frondoso arbusto.

—¡El tarro es mío! —Andy se acercó a él con las manos en la cintura—. Si no lo vas a usar devuélvemelo.

Evan se puso serio.

—Andy, ¿es que no te acuerdas? —preguntó con voz chillona—. ¿No te acuerdas de lo espantoso que era este mejunje? ¿No te acuerdas de lo peligroso que era?

—¿Y qué? —replicó Andy sin apartar los ojos del tarro azul.

—Tenemos que deshacernos de él—sentenció Evan con firmeza—. No podemos permitir que se salga del tarro porque luego no hay forma de impedir que siga creciendo.

—Pero yo creía que querías enseñarlo en el colegio para demostrar que es real.

—No, he cambiado de opinión. Esta cosa es demasiado peligrosa. Tenemos que librarnos de ella. —Miró a su amiga a los ojos. Él sentía miedo—. Andy, todas las noches tengo pesadillas por su culpa. No quiero tener más malos sueños.

—Está bien, está bien —murmuró ella. Le dio una patada a la raíz de un árbol y luego le tendió a Evan la bolsa de papel.

Él cerró el tarro de Sangre de Monstruo y lo metió en la bolsa.

—¿Y ahora qué hacemos con él? —se preguntó en voz alta.

—Vamos a tirarlo al arroyo —le sugirió Andy.

Evan sacudió la cabeza.

—No. ¿Y si se sale y contamina el agua?

—¡El arroyo ya está contaminado! ¡Pero si es como un enorme charco de barro!

—No es bastante hondo —insistió Evan—. Alguien podría encontrar el tarro. No podemos correr ese riesgo.

—¿Entonces qué hacemos? —Andy puso cara de concentración—. Hummm. Nos lo podríamos comer. ¡Así nos lo quitaríamos de encima!

—Muy graciosa —masculló Evan poniendo los ojos en blanco.

—Sólo intentaba ayudar.

—¡Eres peor que un dolor de muelas!

—Ja, ja. Me muero de risa. —Andy le sacó la lengua.

—¿Cómo nos podemos deshacer de esto? —insistió Evan cogiendo la bolsa con las dos manos—. ¿Cómo?

—¡Yo lo sé! —La voz los sobresaltó a los dos. Conan el Bárbaro salió de detrás de un arbusto—. ¡Me lo podéis dar a mí! —Y tendió una mano grande y fuerte para coger la bolsa.

10

Evan se metió la bolsa detrás de la espalda. Conan avanzó hacia él con los ojos entornados y expresión amenazadora.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí escondido?, Se preguntó Evan. «¿Nos habrá oído hablar de la Sangre de Monstruo y por eso querrá la bolsa?»

—Hola, yo soy Andy —gorjeó ella alegremente, interponiéndose entre los dos chicos y dedicándole a Conan una radiante sonrisa.

—Andy es nombre de chico —dijo Conan con cara de asco. Fijó en ella una mirada dura, de desafío.

—¿Y Conan qué nombre es? —replicó Andy, devolviéndole la mirada.

—¿ Me conoces ? —Conan parecía sorprendido.

—Eres famoso.

De pronto Conan se acordó de Evan y tendió su manaza.

—Dame la bolsa.

—¿Por qué te la iba a dar? —repuso Evan intentando mantener la voz firme y tranquila.

—Porque es mía—mintió Conan—. Yo la tiré aquí.

—¿Has tirado aquí una bolsa vacía?

Conan se apartó un mechón de pelo rubio.

—No está vacía. He visto cómo metías algo. Dámela ahora mismo.

—Bueno... está bien. —Evan le dio la bolsa y Conan metió la mano. Pero la sacó vacía. Miró dentro de la bolsa. Nada. Entonces clavó los ojos en ellos dos.

—Ya te dije que estaba vacía —dijo Evan.

—Me habré equivocado —murmuró Conan—. Oye, venga, sin rencor. Dame la mano. —Conan tendió la manaza. Evan se la estrechó de mala gana. Conan empezó a apretar cada vez más hasta que los dedos de Evan dieron un chasquido como el de un árbol al caer. Conan siguió estrujándolos hasta que Evan gritó de dolor. Cuando por fin quedó libre, tenía la mano como una hamburguesa cruda.

—¡Eso sí que es un apretón de manos! —exclamó Conan con una sonrisa. Le dio con el dedo a Andy en la nariz y se marchó rápidamente, dando grandes zancadas y sin dejar de reírse.

—Un gran tipo —dijo Andy frotándose la nariz.

Evan se soplabla la mano como si intentara apagar un fuego.

—A lo mejor tengo que aprender a escribir con la izquierda.

—Oye, ¿dónde está la Sangre de Monstruo?

—Se me ha caído —contestó Evan, sin dejar de mirarse la mano.

—¿Cómo? —Andy apartó un matojo de una patada y se acercó a él.

—Quise meterme el tarro en el bolsillo mientras Conan hablaba contigo. Pero resbaló y se me cayó. —Evan se dio la vuelta y lo recogió de entre la hierba—. Menos mal que no salió rodando, porque Conan lo habría visto.

—No habría sabido qué hacer con él si lo hubiera encontrado.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros con esto? Ya nos está causando problemas. Tenemos que esconderlo o tirarlo, o lo que sea... —Evan abrió la tapa—. ¡Eh! ¡Mira! —La masa verde ya llegaba casi hasta el borde del tarro—. Está creciendo mucho más deprisa. Supongo que por haber quedado expuesta al aire. —Cerró la tapa de golpe.

—Vamos a enterrarlo —sugirió Andy—. Aquí mismo, debajo de este árbol.

A Evan le gustó la idea. Era sencilla y rápida. Empezaron a cavar con las manos. La tierra era blanda y pudieron hacer un agujero bastante hondo sin tener que esforzarse mucho. Metieron en él la Sangre de Monstruo, la taparon rápidamente y alisaron la tierra hasta que fue imposible advertir que allí había habido un agujero.

—Ha sido una gran idea —dijo Andy mientras se levantaba y se limpiaba las manos en la camiseta de Evan—. Si la necesitamos

sabremos dónde está.

Evan tenía el pelo pegado a la frente por el sudor, y la cara llena de churretes.

—¿Y para qué íbamos a necesitarla?

—Nunca se sabe.

—No la vamos a necesitar para nada —aseveró Evan con firmeza—. Para nada.

Pero estaba muy, muy equivocado.



—¿Qué pasa, papá? —preguntó Evan, entrando en el garaje.

El señor Ross dejó de dar martillazos y sonrió.

—¿Quieres ver mi última obra?

—Claro.

Todos los fines de semana su padre pasaba horas y horas en el taller del garaje, golpeando grandes láminas de metal para hacer lo que él llamaba sus «obras». Trabajaba con cincel, martillo y sierra, y ponía mucho esfuerzo en sus esculturas, pero cuando estaban terminadas a Evan le parecían todas simples láminas de metal abolladas.

El señor Ross retrocedió unos pasos para observar la obra en la que estaba trabajando. Bajó la pesada maza que tenía en una mano y la señaló con el cincel que tenía en la otra.

—En ésta he utilizado el bronce —dijo—. Se llama «Hoja de otoño».

Evan la observó pensativo.

—Parece una hoja —mintió.

«La verdad es que papá se ha cargado una buena pieza de bronce», pensó, intentando que no se le notara en la cara.

—No tiene que parecer una hoja —le corrigió el señor Ross—. En realidad es la impresión que yo tengo sobre una hoja.

—Ah. —Evan siguió observándola, rascándose la cabeza—. Ya, papá. Ya lo entiendo. —Entonces algo le llamó la atención—. Oye, ¿qué es esto?

Evan pasó con cuidado por encima de varios trozos de metal

rotos y doblados, se acercó a otra escultura y pasó la mano por su suave y brillante superficie. Era un gigantesco cilindro de aluminio que descansaba sobre una base plana de madera.

—Dale vueltas —le dijo el señor Ross sonriendo con orgullo.

Evan lo empujó con las dos manos y el cilindro rodó despacio sobre la base de madera.

—Se llama «La rueda».

Evan se echó a reír.

—Qué guay, papá. ¡Has inventado la rueda!

—¡No te rías!—bromeó el señor Ross—. Han aceptado la escultura en el concurso anual de arte de tu colegio. Tengo que llevarla a la sala de actos esta misma semana.

Evan le dio otra vuelta a «La rueda».

—Seguro que nadie más ha hecho una rueda que dé vueltas de verdad. No puedes perder, papá —dijo burlón.

—El sarcasmo es la peor forma de humor —gruñó el señor Ross con el ceño fruncido.

Evan se despidió y salió del garaje, pasando con mucho cuidado por encima de los trozos rotos de bronce y hojalata. Mientras se acercaba a la casa oía los martillazos que daba su padre sobre su impresión de una hoja.

El lunes, después de las clases, Evan se encontró con Andy al doblar una esquina.

—Ahora no puedo hablar —le dijo él sin aliento—. Llego tarde a las pruebas de baloncesto.

El largo pasillo estaba desierto. La puerta del gimnasio estaba abierta y se oían los botes de las pelotas en el suelo.

—¿Cómo es que llegas tarde? —le preguntó Andy, impidiéndole el paso.

—Murphy me ha obligado a quedarme después de la clase —contestó Evan con un gruñido—. Me ha dejado a cargo del hámster permanentemente. Yo tengo que encargarme de Cuddles todas las tardes durante el resto de mi vida.

—Mal asunto.

—Pues eso no es lo peor —dijo Evan amargamente.

—¿Y qué es lo peor?

—¡Lo peor es que el señor Murphy es también el entrenador de baloncesto!

—¡Vaya! ¡Buena suerte! Espero que te metan en el equipo.

Evan salió corriendo con el corazón acelerado.

«El señor Murphy es una rata —pensó tristemente—. Seguro que no me acepta en el equipo porque llego tarde al entrenamiento... ¡aunque llegue tarde por su culpa!»

Evan respiró hondo.

«No, no pienses eso. Tienes que ser positivo. Tengo que ser positivo. Es verdad que no soy tan alto como los demás. También es cierto que no soy tan grande ni tan fuerte, pero soy

un buen jugador de baloncesto y puedo entrar en el equipo. ¡Puedo entrar en el equipo! ¡Lo sé!», se dijo.

Una vez terminada esta conversación consigo mismo, Evan abrió la puerta y entró en el enorme gimnasio.

—¡Cuidado! —gritó una voz.

Evan sintió que le estallaba la cara de dolor y, de pronto, todo se puso negro.

12

Cuando Evan abrió los ojos se encontró rodeado de unos veinte chicos y el señor Murphy. Estaba tumbado de espaldas en el suelo del gimnasio y la cara todavía le dolía mucho. Se tocó la nariz con la mano y notó espantado que parecía una hoja rancia de lechuga.

—¿Estás bien, Evan? —le preguntó el señor Murphy, inclinándose sobre él. El silbato que llevaba colgado al cuello rebotó en el pecho de Evan.

—¿Me ha explotado la cara? —preguntó Evan con un hilo de voz.

Algunos chicos se echaron a reír, pero el señor Murphy los miró furioso.

—Conan te ha dado un pelotazo en la cara —explicó el profesor.

—Tiene pocos reflejos, entrenador —decía Conan—. Debería haber cogido la pelota. Pensé que la iba a coger, pero no tiene reflejos.

—Yo lo vi todo —terció el amigo de Conan, un chicarrón inmenso llamado Biggie Malick—. No ha sido culpa de Conan. Evan tenía que haber cogido la pelota. Era un pase perfecto.

«Perfecto —pensó Evan con un suspiro. Se tocó de nuevo la nariz. Esta vez le pareció una patata espachurrada—. Por lo menos no está rota», se dijo tristemente.

A partir de ahí, las cosas fueron de mal en peor.

El señor Murphy le ayudó a levantarse.

—¿De verdad quieres participar en las pruebas?—le preguntó.

«Gracias por su apoyo», pensó Evan.

—Creo que puedo entrar en el equipo —contestó.

Pero Conan, Biggie y los demás no pensaban lo mismo.

Durante las pruebas de pases, Evan comenzó a driblar confiado por la pista.

Cuando estaba a medio camino de la canasta, Biggie le dio un golpe y Conan le quito la pelota.

Le bloqueaban los tiros, le robaban los pases, le empujaban cada vez que se movía y lo tiraban al suelo de narices una y otra vez. Un fuerte pase de Conan le dio en la boca.

—¡Ay! ¡Lo siento! —gritó el matón.

Biggie se reía como una hiena.

—¡Defensa! ¡Quiero ver esa defensa! —gritó el señor Murphy desde el borde de la pista.

Evan se colocó en su posición, y cuando Conan se acercaba con la pelota, se dispuso a defender la canasta. Conan se acercaba, se acercaba... Evan levantó las manos para bloquear el tiro pero, para su sorpresa, Conan dejó escapar la pelota y con un rápido movimiento cogió a Evan por la cintura, dio un salto en el aire y lo metió en la canasta.

—¡Tres puntos! —gritó triunfal.

Biggie y los demás fueron corriendo a felicitarle, entre vítores y risas.

El señor Murphy necesitó una escalera para ayudar a Evan a bajar. Luego, poniéndole la mano en el hombro se lo llevó a un lado de la pista.

—No eres lo bastante alto, Evan —le dijo frotándose la barbilla—. No es nada personal. A lo mejor creces más, pero de momento no eres lo bastante alto.

Evan no dijo ni una palabra. Bajó la cabeza y salió tristemente del gimnasio. Conan se acercó corriendo a la puerta,

—Oye, Evan, sin rencor —dijo, tendiéndole su manaza sudorosa—. Chócala.

Evan levantó la mano para enseñársela a Andy.

—Parece una petunia espachurrada —dijo ella.

—¡No me puedo creer que haya caído en la misma trampa de

Conan dos veces! —gimió Evan.

Aquello había sido el día anterior. Ahora Evan y Andy, a la salida del colegio, habían ido al parque que había cerca de sus casas. Evan se había pasado todo el camino quejándose del señor Murphy, de Conan y de los demás jugadores de baloncesto.

Los últimos rayos de sol de la tarde caían sobre ellos. Andy se detuvo para ver dos grandes mariposas de alas negras y doradas que revoloteaban majestuosamente sobre un macizo de flores silvestres azules y amarillas. Incluso el oscuro arroyuelo parecía hermoso en un día tan radiante. Los diminutos zancudos relucían como diamantes al sol encima del agua.

Evan le dio una patada a una rama. Él lo veía todo muy negro. Negro y horrible.

—No fue justo —gruñó, volviendo a patear la rama—. No fueron unas pruebas justas. El señor Murphy debió darme otra oportunidad.

Andy chasqueó la lengua sin apartar la mirada del arroyo.

—Alguien debería darle una lección al señor Murphy —prosiguió Evan—. Ojalá se me ocurriera la forma de vengarme. Ojalá.

Andy se volvió hacia él con una sonrisa malévola,

—Tengo un plan —dijo—. Un plan estupendo.

—¿De qué se trata?

13

—¿Qué se te ha ocurrido? —le preguntó Evan.

Andy sonrió. Llevaba una camiseta larga de color verde limón encima de otra camiseta naranja sobre unos pantalones cortos, azules y amplios. La luz del sol se reflejaba tanto en los colores que a Evan le daban ganas de guiñar los ojos.

—A lo mejor no te gusta—dijo Andy evasiva.

—Inténtalo. Venga, no me tengas en ascuas.

—Bueno... —Andy echó una ojeada al árbol bajo el que habían enterrado el tarro azul—. Tiene que ver con la Sangre de Monstruo —confesó de mala gana.

Evan tragó saliva.

—Bien, sigue.

—Pues es un plan muy sencillo. Primero desenterramos la Sangre de Monstruo. —Andy se detuvo a observar su reacción.

—¿Y?

—Y nos llevamos un poco al colegio —prosiguió ella.

—¿Y?

—Y se lo damos a Cuddles.

Evan se quedó con la boca abierta.

—¡Sólo un poquito! —se apresuró a explicar Andy—. Le damos a Cuddles un pegotito de nada, lo justo para ponerlo del tamaño de un perro.

Evan se echó a reír. Era una idea terrible, una idea verdaderamente diabólica, ;pero le encantaba! Le dio una palmada en la espalda a su amiga.

—¡Mira que eres malvada, Andy! ¡Mira que eres mala!

Andy sonrió orgullosa.

—Ya lo sé.

Evan se echó a reír otra vez.

—Imagínate la cara que pondrá Murphy cuando vea a su querido hámster del tamaño de un cocker spaniel. ¡Menudo follón!

—¿Lo vas a hacer?

La sonrisa de Evan se desvaneció.

—Supongo que sí —dijo pensativo—. Si me prometes que sólo le daremos un poquito y que el resto lo dejaremos enterrado.

—Prometido. Sólo cogeremos un poco para gastarle una bromita al señor Murphy y no volveremos a utilizar ese mejunje nunca más.

—De acuerdo.

Los dos se estrecharon la mano solemnemente y se acercaron corriendo al árbol. Evan inspeccionó el parque entero, entornando los ojos para protegerse de la luz del sol. Quería asegurarse de que esta vez no les espiaba nadie. En cuanto quedó claro que el parque estaba desierto, Andy y él se arrodillaron y empezaron a escarbar con las manos. Casi habían llegado a hacer un agujero de un metro cuando se dieron cuenta de que allí no había nada.

—¡La Sangre de Monstruo! —gritó Evan—. ¡Ha desaparecido!

14

—A lo mejor nos hemos confundido de árbol —aventuró Evan, con la frente empapada de sudor.

Andy, con un dedo lleno de tierra, se apartó un mechón de pelo de la cara.

—De eso nada. —Sacudió la cabeza—. El árbol era éste, y el agujero también.

—¿Entonces dónde está la Sangre de Monstruo? —preguntó Evan con voz chillona.

Los dos respondieron al mismo tiempo:

—¡Conan!

—Seguro que nos vio enterrarla —supuso Evan, mirando en torno a él como si esperara que Conan surgiera detrás de cualquier arbusto—. Ya me parecía a mí que se marchaba demasiado deprisa. Él sabía que la bolsa de papel no estaba vacía.

Andy estaba de acuerdo.

—Se escondió y cuando nos fuimos vino a desenterrar el tarro.

Los dos se quedaron mirando el agujero vacío horrorizados, hasta que Andy rompió el silencio.

—¿Qué hará Conan con ella? —preguntó casi en un susurro.

—Probablemente se comerá un poco para hacerse más grande y poder pegarme más —contestó Evan con amargura.

—Pero él no conoce los efectos de la Sangre de Monstruo, y tampoco sabe lo peligrosa que es.

—Pues claro que lo sabe. Se lo conté yo. —Evan le dio un puñetazo al árbol—. ¡Tengo que recuperarla!

Al día siguiente, antes de la clase de ciencias, Evan se encontró en el pasillo con Conan y Biggie. Los matones se estaban riendo a carcajadas y chocándose los cinco. Conan llevaba una ajustada camiseta de deporte y unos tejanos amplios con enormes agujeros en las rodillas. La melena castaña y ondulada de Biggie le llegaba a los hombros. Llevaba una camiseta sin mangas y unos tejanos negros ajustados.

«¡Parecen dos expertos en lucha libre!», pensó Evan mientras se acercaba a ellos.

—¡Pero si es Evan! —exclamó Conan—. ¡El rey del pase con la cara!

Los dos soltaron una risotada y Conan le dio a Evan tal golpe en la espalda que lo mandó volando hacia Biggie.

—Oye, Conan, ¿has encontrado una cosa en el parque? —preguntó Evan, forcejeando por recuperar el equilibrio.

Conan lo miró con los ojos entornados y no contestó.

—¿No has encontrado una cosa que nos pertenece a Andy y a mí?

—¿Te refieres a vuestros cerebros? —se burló Conan, y estalló en carcajadas junto con su compañero.

—Podríamos llevarlo a clase botándolo —le dijo Biggie—. El entrenador siempre nos dice que practiquemos. —Conan se echó a reír encantado.

—Ja, ja, muy gracioso —replicó Evan con sarcasmo—. Oye, Conan, eso que te llevaste es muy peligroso. Tienes que devolvérmelo.

Conan abrió desmesuradamente los ojos con expresión inocente.

—No sé de qué me hablas, Evan. ¿Es que has perdido algo?

—Sabes perfectamente que sí, y quiero que me lo devuelvas.

Conan dirigió a Biggie una taimada sonrisa. Luego se volvió hacia Evan con una expresión más dura.

—No sé a qué te refieres, Evan, de verdad. No sé qué habéis perdido esa niña y tú. Pero te voy a decir una cosa: como soy un buen tipo, os ayudaré a buscarlo. —Lo cogió por la cintura con las dos manos mientras Biggie abría la taquilla de Evan—. Te voy a ayudar a buscarlo.

Conan arrojó a Evan dentro de su taquilla y cerró de golpe. Evan

empezó a golpear la puerta metálica pidiendo socorro, pero ya había sonado la campana. Sabía que el pasillo estaría desierto y que nadie podría oír sus gritos. Entonces decidió intentar forzar la cerradura. Pero aquello estaba tan oscuro que no se veía nada y además él estaba tan apretado allí dentro que no podía ni levantar los brazos.

Por fin pasaron dos niñas que le abrieron la puerta. Evan salió como una exhalación, con la cara roja y medio asfixiado. La risa de las niñas lo siguió todo el camino hasta la clase del señor Murphy.

—Llegas tarde —le dijo el severo profesor frotándose la cabeza, en la que casi no le quedaba pelo. Evan intentó explicarse pero el señor Murphy no le dejó—. Me parece que tendrás qué quedarte hoy también después de las clases. Así podrás hacer limpieza extra en la jaula de Cuddles. Y ya que estás en ello, borra las pizarras y limpia los tubos de ensayo.

—Está muy oscuro —susurró Evan.

—Siempre está oscuro de noche —contestó Andy poniendo los ojos en blanco.

—Hoy más que nunca, porque las farolas están apagadas y no hay luna.

—¡Escóndete! —advirtió Andy.

Se agacharon detrás de un seto mientras un coche pasaba muy despacio. Evan cerró los ojos cuando la luz blanca de los faros lo enfocó. Los chicos no se levantaron hasta que el coche dobló la esquina.

Era poco más tarde de las ocho y estaban en la calle, delante de la casa de Conan. Apoyados en el seto, se quedaron mirando el gran ventanal de la casa, al otro lado del jardín. La lámpara del salón estaba encendida y proyectaba sobre el porche un tenue rectángulo de luz anaranjada. Las ramas de los árboles que flanqueaban la casita de ladrillo se movían bajo la brisa cálida.

—¿Vamos a entrar de verdad? —dijo Evan, agachándose junto a Andy—. ¿ De verdad vamos a entrar como ladrones en casa de Conan?

—Vamos a entrar sin que nos vean—susurró Andy—, pero no

como ladrones.

—¿Y si no encontramos la Sangre de Monstruo? —preguntó Evan, esperando que Andy no se diera cuenta de cómo le temblaban las rodillas.

—Tenemos que buscarla, ¿no?—Andy se volvió para mirarlo a la cara. Evan vio que también ella tenía miedo—. La Sangre de Monstruo tiene que estar ahí dentro. —Y agachándose todavía más, empezó a acercarse por el jardín a oscuras hacia la casa. Evan se quedó atrás.

—¿Lo has comprobado bien? —preguntó—. ¿Estás segura de que no hay nadie?

—Sus padres se marcharon después de cenar y vi que Conan salía unos diez minutos después.

—¿Adonde iba?

—¡Y yo qué sé! —saltó Andy con las manos en la cintura—. El caso es que se marchó y no hay nadie en la casa. —Andy volvió y cogió a Evan del brazo—. Venga. ¡Nos metemos en la habitación de Conan, cogemos la Sangre de Monstruo y nos largamos de una vez!

—No me puedo creer lo que estamos haciendo —dijo Evan con un suspiro—. ¡Nos podrían detener!

—Fue idea tuya.

—Sí, ya, claro. —Evan respiró hondo y contuvo el aliento para intentar calmarse—. Si no la encontramos a la primera nos largamos volando, ¿vale?

—Vale —convino Andy—. Pero ahora vamos. —Le dio un suave empujón hacia la casa.

Caminaron unos pasos sobre el húmedo césped y se detuvieron de sopetón al oír un ronco ladrido. Andy cogió a Evan del brazo. Los ladridos subieron de intensidad y enseguida oyeron fuertes pisadas de perro que se acercaban a toda velocidad.

Dos ojos furiosos, un ronco ladrido de advertencia. Otro ladrido. El perro se lanzó al ataque.

—¡Corre! —gritó Evan—. ¡Conan tiene un perro guardián!

—¡Demasiado tarde para correr!

15

El perro volvió a ladrar. Evan lanzó un chillido y alzó los brazos al ver que el animal se le tiraba al cuello. No era tan grande como Evan esperaba... pero sí era fuerte.

El perro se puso a lamerle la cara apretando su húmedo hocico contra la mejilla del muchacho. Le lamió la barbilla y luego los labios.

—¡Puag! —exclamó Evan, riéndose—. ¡Trigger! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Evan se quitó de encima al cocker spaniel y éste, moviendo la cola frenéticamente, empezó a dar brincos en torno a Andy.

—El idiota de tu perro me ha dado un susto de muerte—gimió ella.

—Y a mí —admitió Evan—. No me había dado cuenta de que nos seguía.

Andy se agachó para acariciar a Trigger y luego miró hacia la calle.

—Vamos a entrar —dijo—. Conan o sus padres pueden volver en cualquier momento.

Trigger echó a andar delante de ellos hacia la puerta principal. Cuando entraron en el porche, la casa les pareció mucho más grande y oscura.

—Al suelo, Trigger —susurró Evan—. Tumbate. No puedes venir con nosotros.

Andy quiso abrir la puerta.

—Está cerrada.

—¿Y ahora qué?—gimió Evan.

—Pues intentamos entrar por detrás, claro. —La niña ya se dirigía al otro lado de la casa.

—Tú esto ya lo has hecho antes, ¿verdad? —inquirió Evan, detrás de ella.

—Puede ser —sonrió Andy.

En ese momento, un fuerte aullido les hizo dar un respingo.

—¿Qué ha sido eso? —chilló Evan.

—Un hombre lobo—contestó ella con toda su calma—. O a lo mejor un gato.

Los dos estallaron en risas nerviosas.

La puerta de atrás también estaba cerrada, pero la ventana de la cocina tenía una rendija abierta. Evan la abrió del todo y entró con Andy en la cocina, a oscuras. Una vez dentro, contuvo el aliento para poder captar cualquier ruido. La nevera zumbaba y en el fregadero se oía el goteo del agua.

«Puedo oír incluso el latido de mi corazón —pensó Evan—. ¿Qué estoy haciendo? ¿De verdad me he metido en casa de Conan?»

—Por aquí —susurró Andy—. Seguro que su habitación está arriba.

Evan siguió a Andy sin apartarse nunca de la pared. Pasaron de largo el pequeño salón, bañado en luz anaranjada. El suelo de madera crujía bajo sus pies. Evan tropezó con una pila de periódicos amontonados en el estrecho pasillo. Empezaron a subir las escaleras. La barandilla chirriaba bajo la mano de Evan. Una persiana veneciana dio un chasquido contra una ventana abierta.

—No se ve ni torta —masculló Andy al llegar al final de las escaleras.

Evan quiso contestar, pero tenía un nudo en la garganta. Se pegó a la pared y entró detrás de Andy en el primer dormitorio. La niña buscó a tientas el interruptor de la luz hasta que dio con él. La lámpara del techo reveló que estaban en el cuarto de Conan. Los dos se quedaron en la puerta, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la luz. Luego miraron rápidamente a su alrededor.

Las paredes del pequeño cuarto cuadrado estaban atestadas de carteles de figuras del deporte. El póster más grande, colocado encima de la cama de Conan, era de Michael Jordan saltando unos

tres metros en el aire para meter una canasta. Había una estantería junto a la pared, con muy pocos libros pero muchísimos trofeos deportivos que Conan había ganado con varios equipos.

De pronto Andy se echó a reír. Evan se giró hacia ella, sobresaltado.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Ella Señaló la cama de Conan.

—¡Mira! ¡Todavía tiene un osito de peluche!

Evan miró la cama. Sobre la almohada descansaba un osito de peluche de aspecto lamentable, casi deshecho y con un solo ojo.

—¿Que Conan el Bárbaro duerme con un oso de peluche? —exclamó entre risas. Un fuerte crujido cortó en seco sus carcajadas. Los dos se quedaron escuchando con expresión atemorizada.

—Sólo ha sido un ruido de la casa —susurró Evan.

Andy se estremeció.

—Ya está bien de hacer el tonto. Vamos a buscar la Sangre de Monstruo y nos largamos.

Fueron hasta el centro de la habitación.

—¿Dónde la habrá escondido? —preguntó Evan abriendo la puerta del armario.

—En ningún sitio.

—¿Cómo? —Evan se dio la vuelta. Andy sonreía con el tarro azul en la mano. Evan soltó un grito de sorpresa—. ¿Dónde estaba?

—Aquí, en la estantería. Lo había puesto junto con los trofeos de tenis.

Evan le cogió el tarro de la mano y cuando lo levantó para examinarlo, la tapa saltó y la Sangre de Monstruo empezó a rebosar. Aquella masa verde gelatinosa parecía cobrar vida.

—¡Está creciendo muy deprisa!

Andy se agachó a coger la tapa y se la dio a Evan.

—Tápalo, corre.

Evan lo intentó, pero no había manera. La Sangre de Monstruo seguía saliéndose.

—¡Date prisa! —le apremió Andy—. ¡Tenemos que irnos!

—¡La Sangre de Monstruo se sale del tarro!

—Pues vuélvela a meter.

Evan intentó empujar la masa verde para meterla en el

recipiente, primero con la palma de la mano, luego con tres dedos. De pronto sintió que la Sangre de Monstruo le apretaba los dedos y empezaba a tirar de ellos.

— ¡Me... me ha cogido!

Andy lo miró con la boca abierta.

—¿Qué?

—¡Me ha cogido los dedos! —chilló Evan— ¡No me suelta!

Justo cuando Andy corría a ayudarle, oyeron el ruido de la puerta principal.

—¡Ha llegado alguien! —susurró Evan, tirando de la mano para soltarse—. ¡Estamos atrapados!

16

Andy se quedó petrificada en mitad de la habitación. Su rostro mostraba su espanto. A Evan casi se le cayó el tarro de Sangre de Monstruo. La pegajosa masa verde le tenía bien cogidos los dedos y hacía ruidos de chupeteo. Pero a Evan sólo le importaban los ruidos procedentes del piso de abajo.

—¡Ya estoy en casa! —gritaba Conan.

—¡Nosotros también! —contestó la voz de una mujer, probablemente la madre de Conan.

—Todos estamos en casa —susurró Evan.

—¡Estamos listos!—gimió Andy.

—Voy arriba —le dijo Conan a sus padres.

Evan soltó un grito de terror al oír los pesados pasos de Conan en las escaleras.

—¡Andy! ¿Qué... qué hacemos?

—¡Por la ventana!

Los dos se lanzaron hacia la ventana y se asomaron. Justo debajo había un estrecho reborde de cemento. Andy, sin pensárselo dos veces, salió a la cornisa.

—¡Deprisa, Evan! —susurró, haciendo gestos frenéticos.

Evan todavía intentaba desesperadamente soltarse los dedos de la efervescente gelatina verde. Andy lo cogió por el hombro desde fuera de la ventana.

—¡Evan...!

En ese momento se oyeron los pasos de Conan en el pasillo, justo al otro lado de la puerta de la habitación. Evan, ayudándose

con la mano libre, salió por la ventana y se unió a Andy en la cornisa.

—N-no mires abajo —le advirtió ella con un tembloroso susurro.

Evan no obedeció. Miró abajo. El suelo le pareció que estaba muy, muy lejos. Cada uno estaba a un lado de la ventana. Andy a la izquierda y Evan a la derecha, bien apretujados contra la pared de ladrillo, y muy atentos.

Oyeron a Conan entrar en la habitación. ¿Se habría dado cuenta de que estaban las luces encendidas? No había forma de saberlo. De pronto un fuerte ritmo de rap estremeció el silencio. Conan había encendido el aparato de música y se había puesto a cantar al compás, totalmente desafinado. Evan se apretujó contra la casa todo lo que pudo.

«Vete abajo, Conan —suplicó el muchacho en silencio—. ¡Por Dios, vete abajo!»

¿Cómo iban a salir de aquella situación, Andy y él?, se preguntó, sintiendo que se le tensaban todos los músculos de pánico.

A pesar de la brisa caliente, un escalofrío le recorrió la espalda. Se estremeció con tal violencia que casi se cayó de la cornisa.

Evan tenía el tarro azul pegado a su mano y la Sangre de Monstruo seguía succionándole los dedos. Pero no era eso lo que ahora le preocupaba.

Se oía a Conan moverse por la habitación. ¿Estaría bailando al son de aquella música ensordecedora? Evan echó un vistazo a Andy. La niña tenía los ojos cerrados y toda la cara tensa, con una expresión ceñuda.

—¡Andy...! —susurró Evan, sabiendo que era imposible que Conan le oyera por encima del estruendo—. Andy, no pasa nada. En cuanto Conan se marche entraremos y bajaremos sin que nos vean.

Andy asintió sin abrir los ojos.

—¿Nunca te he dicho que me dan miedo las alturas?—susurró ella.

—No.

—¡Pues recuérdame que te lo diga!

—No va a pasar nada —la tranquilizó Evan. Luego, siempre pegado a la pared de la casa, siguió repitiendo la frase para sus adentros: «No va a pasar nada, no va a pasar nada, no va a pasar

nada.»

En ese momento Trigger se puso a ladrar. Al principio lanzó un ronco gruñido de sorpresa, luego unos ladridos más fuertes, insistentes, nerviosos. Evan tragó saliva y miró hacia el suelo. Trigger lo había visto y estaba dando brinco como si quisiera alcanzar la ventana. A cada salto ladraba con más brío.

—¡Trigger! ¡No!—exclamó Evan en un frenético susurro.

Pero aquello sólo sirvió para enfurecer más al perro. ¿Lo habría oído Conan? ¿Podría oír los feroces ladridos de Trigger por encima de la música?

—¡Trigger, basta ya! ¡Vete a casa! ¡Vete!

De pronto cesó la música y los excitados ladridos de Trigger se oyeron aún más fuertes en el súbito silencio. Ahora sí que Conan tenía que oírlos.

El cocker spaniel saltaba como un loco contra la casa, intentando alcanzar a Evan y Andy. Ladraba a pleno pulmón a pesar de los gestos frenéticos de su dueño. A Evan se le cortó la respiración al oír que Conan se acercaba a la ventana.

Un instante después, el matón asomaba la cabeza.

—¿Qué pasa aquí? —gritó.

A Evan le fallaron las rodillas y comenzó a caer.

17

En el último momento Evan se aferró a la pared de ladrillo y evitó el porrazo. Miró fijamente el pelo rubio de Conan que asomaba por la ventana. Estaba tan cerca que podía tocarlo.

—¡Silencio ahí abajo! —gritó Conan.

Trigger ladró todavía más fuerte.

«Nos va a ver —pensaba Evan, temblando de la cabeza a los pies—. Es imposible que no nos vea», se decía.

—¡Conan! ¡Baja! —se oyó la voz de la señora Barber—. Baja, Conan. Hay tarta y helado. ¿No tenías tantas ganas de tomar algo dulce?

La cabeza de Conan desapareció en el interior del dormitorio.

—Ahí abajo está ladrando un perro —le gritó a su madre.

Aferrado al costado de la casa y esforzándose para que sus trémulas rodillas no volvieran a fallarle, Evan cerró los ojos y se quedó escuchando.

Los pasos de Conan atravesaron la habitación y la luz del dormitorio se apagó.

Silencio.

—Se... ha marchado —farfulló Evan.

Andy soltó un largo suspiro.

—No me puedo creer que no nos haya visto.

Evan miró hacia el suelo. Por fin, Trigger había dejado de ladrar, pero seguía allí mirándolos, con las patas apoyadas en el muro de la casa y moviendo su gruesa cola como si fuera una hélice.

—Qué perro más tonto —gruñó Evan.

—Vámonos —le apremió Andy, que sin esperar respuesta se tiró casi de cabeza a la habitación.

Las piernas de Evan tardaron un momento en responderle, pero por fin el chico agachó la cabeza y entró por la ventana detrás de Andy. De puntillas y sin respirar se acercó a la puerta de la habitación y se puso a escuchar.

Silencio. En el pasillo no había nadie. Abajo, en la cocina, se oían las voces de los Barber.

Andy y Evan llegaron hasta las escaleras y, agarrándose con fuerza a la barandilla, empezaron a bajar. Evan se detuvo a escuchar otra vez y Andy tropezó con él y casi lo envió volando hasta abajo.

—¡Chist! —exclamó.

Podían oír la voz de Conan que hablaba con sus padres en la cocina. Se estaba quejando de sus compañeros de equipo de baloncesto.

—Son todos muy malos —decía.

—Bueno, así tú parecerás mejor —replicó el señor Barber.

Evan aspiró una gran bocanada de aire y empezó a bajar otra vez. «Ya está casi—pensaba, temblando de la cabeza a los pies—. Ya casi estamos fuera.» Tendió la mano hacia el pomo de la puerta.

—Conan, sube a por tu libro de matemáticas —dijo el señor Barber—. Quiero ver eso que dices que no entiendes.

—Vale —contestó Conan. Se oyó el chirrido de su silla contra el suelo.

Andy cogió a Evan del hombro y los dos se miraron petrificados de horror. ¡Estaban a medio metro de la libertad y los iban a atrapar!

18

—No vayas ahora, Conan. Ya cogerás el libro más tarde —terció la señora Barber. Después se volvió hacia su esposo—. Deja que el muchacho se coma el pastel y el helado en paz —le reprendió.

—Bueno, bueno —dijo el señor Barber—. Ya me enseñará el libro después.

La silla de Conan volvió a arañar el suelo y Evan no esperó ni un momento más. Abrió de golpe la puerta y salió de la casa disparado como un cohete. Andy corría jadeando detrás de él. Luego se oyeron los agudos gañidos de Trigger, que también los seguía.

Atravesaron el jardín y echaron a correr a toda velocidad por la calle. Sus zapatillas deportivas resonaban en el oscuro asfalto. No se detuvieron hasta llegar a casa de Evan.

Una vez allí, él se apoyó en el buzón intentando recuperar el resuello. Alzó la mano para enjugarse el sudor de la frente y se dio cuenta de que el tarro azul seguía pegado a su mano.

—Ayúdame —suplicó, tendiéndole la mano a Andy.

Ella también respiraba con dificultad y no dejaba de mirar la calle, como si esperara que Conan los persiguiera.

—Qué poco ha faltado —murmuró, volviéndose hacia Evan. Los ojos le brillaban de emoción bajo la luz de la farola—. Qué divertido, ¿eh?

Evan no estaba de acuerdo. En su opinión, aquello había sido tan espeluznante que no le veía la gracia por ninguna parte. Además, todavía tenía pegada la Sangre de Monstruo.

—Quítamela —dijo, tendiendo la mano hacia Andy—. Hacen

falta las dos manos, y yo no puedo usarlas.

Andy cogió el tarro. La masa verde rezumaba por los bordes emitiendo chupetones. Andy tiró y tiró. Nada. Respiró hondo, se echó hacia atrás y dio un tirón con todas sus fuerzas.

¡Paf! La Sangre de Monstruo soltó finalmente los dedos de Evan y Andy se cayó de espaldas.

—¡Ah! —Evan alzó los tres dedos para examinárselos bajo la luz de la farola. Los tenía arrugados y amoratados, igual que la última vez que se pasó dos horas nadando.

—¡Puag! ¡Ese mejunje es asqueroso! —exclamó.

Andy se levantó despacio, todavía con la Sangre de Monstruo en las manos.

—Por lo menos la hemos recuperado.

—Sí. Ahora ya podemos enterrarla otra vez —dijo Evan, sin dejar de mirarse los dedos.

—¿Cómo? —Andy alejó el tarro como si quisiera apartarlo del alcance de Evan.

—Lo que has oído —afirmó Evan—. Es demasiado peligrosa, Andy. Llévatela a casa y entiérrala en tu jardín, ¿vale?

Andy miró el tarro y no dijo nada.

—Entiérrala —repitió Evan—. Entiérrala en tu casa. Prométeme que lo harás.

—Bueno... —Andy vaciló—. Está bien. Te lo prometo.

Esa mañana Evan se despertó con dolor de garganta. Su madre, preocupada ante la posibilidad de que tuviera gripe, no le dejó ir al colegio y Evan se pasó el día en casa leyendo tebeos y viendo la tele. El dolor de garganta desapareció a media tarde.

Al día siguiente fue al colegio. Se sentía estupendamente y tenía ganas de ver a todo el mundo. Pero el buen humor le duró hasta que entró en la clase de ciencias del señor Murphy, hacia el final del día. Para llegar a su sitio, Evan tenía que pasar por delante de la jaula del hámster de modo que al llegar a su altura le echó un vistazo.

«¡Qué raro! —pensó—. ¿Dónde está Cuddles? ¿Y desde cuándo tiene un conejo el señor Murphy...? ¡¿Un conejo?!»

Se acercó a verlo más de cerca. Unos conocidos ojos negros se lo quedaron mirando. Un hocico rosado que le era familiar le hizo un gesto. ¡Era Cuddles! ¡Cuddles había alcanzado el tamaño de un conejo!

19

Evan se quedó mirando al gigantesco hámster hasta que sonó la campana. Entonces se volvió y vio que los demás ya estaban todos en sus sitios.

—Evan, ya veo que estás examinando a tu víctima —dijo el señor Murphy desde la puerta.

—Eh... eh... —Evan no supo qué contestar—. ¿Víctima?

El señor Murphy lo miró furioso.

—Le has estado dando de comer demasiado, Evan. Mira qué gordo se ha puesto.

«¡Casi tanto como usted!», quería replicar Evan. Sabía perfectamente que los problemas de obesidad de Cuddles no eran culpa suya, y que tampoco tenían nada que ver con la comida. El hámster había triplicado su tamaño a causa de la Sangre de Monstruo.

—¡Cuando encuentre a Andy la voy a estrangular! —murmuró el muchacho.

—¿Cómo dices, Evan? —preguntó el señor Murphy.

Evan se puso colorado. Había hablado en voz alta sin darse cuenta.

—No... nada —dijo avergonzado. Se dejó caer en su asiento.

Andy había llegado demasiado lejos, pensó él con amargura. Le prometió que enterraría la Sangre de Monstruo. ¡Se lo había prometido!

«Resulta que ha convertido a Cuddles en un monstruo de gordura. ¡Y Murphy cree que ha sido culpa mía!», se dijo, atónito.

—Te quedarás después de clase —sentenció el señor Murphy—, para que podamos discutir la dieta de Cuddles.

Evan oyó algunas risas. Sabía que se estaban riendo de él. Conan y Biggie estaban en su sitio, en la última fila. Conan tenía la nariz arrugada y los mofletes hinchados como si fuera un gran hámster. Biggie se moría de risa.

Evan se pasó casi toda la clase mirando el hámster. Cuddles parecía crecer a cada instante. Con cada respiración parecía inflarse más y más. Sus ojillos negros eran ahora como canicas, y miraban a Evan con expresión acusadora. Cuando el hámster se acercó a la caja de agua, toda la jaula se estremeció.

«¡Por favor, no crezcas más! —suplicó Evan en silencio—. ¡Por favor, deja de crecer, Cuddles!»

El hámster respiraba pesadamente. Sus jadeos se oían desde la otra punta de la clase. Cuddles se dio la vuelta, la jaula se estremeció otra vez y estuvo a punto de caerse de la mesa.

«¡Voy a matar a Andy! —pensó Evan con amargura—. ¿Cómo ha podido hacerme esto?»

Cuando sonó la campana, los chicos cogieron sus libros y se dirigieron hacia la puerta. Evan se acercó a la jaula de Cuddles. El hámster lo miró, jadeando con dificultad. Era tan grande que ya no cabía en su rueda. ¡Si seguía creciendo reventaría la jaula! ¿Cuánta Sangre de Monstruo le habría dado Andy?, se preguntó Evan. Tenía que averiguarlo. Se volvió hacia el señor Murphy, que estaba leyendo unos papeles en su mesa.

—Tengo que ver a una amiga —le dijo—. Vuelvo enseguida.

—No tardes —contestó el profesor sin levantar la vista.

Evan salió corriendo... y se tropezó de narices con Conan.

—Oye, te estaba buscando —le dijo el matón echándose primero a la derecha y luego a la izquierda con los brazos extendidos para impedirle el paso.

—Ahora no tengo tiempo. —Conan seguía sin dejarle pasar—. Tengo prisa —insistió Evan—. En este momento no tengo tiempo para quedarme encerrado en mi taquilla.

Una gran sonrisa apareció en el rostro de Conan.

—Oye, lo siento —dijo, con un brillo en sus ojos azules.

—¿Cómo? ¿Que lo sientes? —Evan se quedó con la boca abierta.

—Sí, sin rencor. —Conan bajó la vista—. Chócala.

Evan tendió la mano y en ese momento se acordó de los apretones de Conan. Demasiado tarde. Conan le había cogido la mano y se la estaba espachurrando, mientras sonreía cada vez más. Entonces Evan vio a Andy al otro extremo del pasillo. Intentó llamarla pero lo único que salió de sus labios fue un chillido de dolor. Los huesos de su mano crujían y chasqueaban. Cuando Conan por fin lo soltó, Evan tenía la mano como un pegote de arcilla roja.

—¡Jo! ¡Vaya apretones que das! —rió Conan, sacudiendo la mano y soplándosela como si le doliera—. ¡Esta vez me has dejado hecho polvo! ¿Es que te has estado entrenando?—A continuación se marchó a la pista de baloncesto, riéndose y agitando la mano.

«Está encantado consigo mismo», reflexionó Evan. Un colérico grito escapó de sus labios y pegó un puñetazo en una taquilla. Estaba tan furioso que le parecía que le salía humo de las orejas.

—¡Evan! ¡Ya he esperado bastante! —le dijo el señor Murphy con voz cantarína desde la puerta de la clase.

—Ya voy —replicó Evan tristemente.

Esa tarde estuvo llamando a Andy durante horas, pero en su casa no había nadie. Por la noche soñó que Trigger se comía un buen trozo de Sangre de Monstruo y se convertía en un perro gigantesco. Él intentaba detenerlo, pero el perro salía disparado detrás del cartero. La persecución no duró mucho. Trigger cogió inmediatamente al hombre, que tenía el tamaño de un hámster.

Evan se despertó bañado en sudor y miró el reloj de la mesilla. Eran las seis de la madrugada. Generalmente no se despertaba hasta las siete, pero se levantó de todas formas. Estaba asustado y tembloroso. Decidió que tenía que llegar al colegio antes que nadie para ver si Cuddles había crecido más.

—Evan, ¿adonde vas? —le preguntó su madre soñolienta cuando Evan se acercó a la puerta principal.

—Pues... al colegio. —Evan había confiado en poder salir antes de que ella se despertara.

—¿Tan temprano? —Su madre apareció intentando atarse el cinturón de su bata de algodón azul.

—Sí. Tengo que hacer un trabajo de ciencias. —Era casi la verdad.

—¿Un trabajo de ciencias? —Su madre lo miró con suspicacia.

—Sí. Es... es un montaje muy grande —dijo Evan, que intentaba pensar a toda velocidad—. Es tan grande que no podía traerlo a casa.

—¿Y te vas sin desayunar ?

—Ya comeré algo más tarde en el colegio, mamá.

Evan desapareció por la puerta antes de que pudieran hacerle más preguntas.

Un sol rojo despuntaba por encima de los árboles en el cielo gris. El aire todavía llevaba el frío de la noche. Los jardines brillaban debido al rocío matutino.

Evan corrió todo el camino, con la mochila rebotándole en la espalda. Ni de camino al colegio ni en el patio vio a ningún niño. Evan entró en el edificio y recorrió los pasillos en silencio. Sus zapatillas de deporte resonaban en el suelo.

«A lo mejor Cuddles no ha crecido más —se dijo Evan mientras se dirigía a la clase de ciencias—. Tal vez ya no ha crecido. Incluso ha podido encoger. A lo mejor ha recuperado su tamaño normal.»

Era posible. Tal vez Andy sólo le hubiera dado al hámster un poquito de Sangre de Monstruo, lo justo para que Cuddles alcanzara el tamaño de un conejo y luego volviera a ser un hámster normal.

Era posible, ¿no? ¡Sí! ¡Sí! Evan cruzó los dedos de las dos manos, lamentando no poder cruzar también los de los pies. Cuando llegó a la clase, estaba sin aliento y el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. Se quedó vacilando en la puerta.

«Por favor, que Cuddles sea pequeño, ¡que sea pequeño!», se dijo.

Evan cogió aire y entró.

20

Al entrar en la clase Evan miró en dirección a la jaula que estaba junto a la pared. Al principio no vio a Cuddles. ¿Habría encogido?

«A veces nuestras oraciones son escuchadas. A veces pasan cosas buenas», se dijo Evan.

Se acercó unos pasos, vacilante. Se aproximó un poco más... Tenía todos los músculos en tensión. Estaba tan asustado que hasta andar le costaba trabajo, y sentía la sangre latándole en las sienes. Se enjugó las gotas de sudor frío de la frente.

Seguía sin ver a Cuddles. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido?

La luz grisácea de la mañana se filtraba por las ventanas. El suelo crujía bajo sus pies. Evan dio un paso más hacia la jaula. Otro paso... ¡Y soltó un grito de horror!

No había visto a Cuddles al principio... ¡Porque era demasiado grande! Ocupaba toda la jaula. Evan retrocedió asustado.

El hámster, embutido dentro de la jaula metálica, emitía un ruidoso ronquido con cada respiración y gruñía. Su enorme cabeza se apretaba contra los barrotes superiores. Evan vio que un gigantesco ojo negro, del tamaño de una galleta, lo miraba.

—¡No! —gritó en voz alta, notando que le temblaban las rodillas—. ¡Es imposible!

El hámster seguía gruñendo. La jaula se estremeció en la mesa. El ojo negro seguía mirando a Evan. Entonces, ante los aterrorizados ojos de Evan, el hámster tendió sus dos garras delanteras y cogió los barrotes de la jaula. Soltó un feroz gruñido,

frunció el morro enseñando sus enormes dientes blancos y se puso a empujar los barrotes hasta que cedieron, resoplando de excitación. Separó del todo los barrotes y empezó a deslizar su enorme cuerpo peludo a través de la abertura.

«¿Qué hago? —se preguntó Evan frenético—. ¿Qué puedo hacer yo ahora? ¡Cuddles se escapa!»

21

—¿Y qué hiciste? —preguntó Andy.

Estaban sentados en la hierba del parque, delante del fangoso arroyuelo. Los últimos rayos de sol de la tarde les calentaban la espalda. Los grillos cantaban entre los árboles detrás de ellos.

Tres chicos pasaron en bicicleta al otro lado del arroyo, de camino a sus casas después del colegio. Uno de ellos le hizo un ademán a Evan, pero éste no contestó.

Andy llevaba una camiseta sin mangas de un brillante color rojo y unos tejanos blancos. Se había quitado las zapatillas amarillas y hundía los pies descalzos en la tierra blanda.

—¿Qué hiciste?—repitió.

Evan cogió un puñado de tierra y lo arrojó al arroyo. Luego se reclinó con las manos apoyadas en el suelo.

—Cogí una correa de perro del armario —contestó.

Andy enarcó las cejas sorprendida.

—¿Murphy tiene una correa de perro? ¿Para qué?

Evan se encogió de hombros.

—Murphy guarda todo tipo de trastos en el armario.

—¿Le pusiste la correa a Cuddles?

—Sí. Le venía perfecta. Cuddles tenía el tamaño de un perro, igual era un poco más grande y todo.

—¿Tan grande como Trigger?

Evan asintió.

—Luego até el otro extremo a la pata de la mesa de Murphy... Y salí corriendo de allí a toda velocidad.

Andy se echó a reír, pero se detuvo en seco al ver la mirada furiosa de Evan.

—¿Qué pasó cuando fuiste a la clase de ciencias? —preguntó la niña, dándole la espalda al arroyo.

—No fui.

—¿Cómo?

—Pues que no fui. Tenía miedo. No quería que Murphy me regañara delante de todo el mundo.

—¿Así que faltaste a clase? —preguntó Andy sorprendida.

—Sí.

—¿Y qué hiciste? —Andy cogió un puñado de hierba entre los dedos.

—Me escapé y vine aquí —replicó Evan con el ceño fruncido.

—Todos se han pasado el día hablando de Cuddles —le informó Andy. Le llameaban los ojos y no podía evitar mostrar una expresión divertida en su rostro—. Todos querían ir a verlo. ¡Ese dichoso hámster ha provocado un jaleo de mil demonios!

—No tiene gracia —murmuró Evan.

—En cierto modo sí —insistió ella—. El señor Murphy se jactaba de que Cuddles podía vencer a cualquier otro hámster del país. ¡Decía que lo iba a llevar a la televisión!

—¿Cómo? —Evan se levantó de un salto—. ¿Quieres decir que Murphy no estaba furioso?

—Creo que al principio sí —le respondió Andy, pensativa—, pero luego supongo que se acostumbró al nuevo tamaño de Cuddles, e incluso estaba orgulloso. Como si tuviera la calabaza más grande de la feria, o algo así. ¡Como si le fueran a dar un premio! —Andy se echó a reír.

Evan le dio una patada a la hierba.

—Me va a echar la culpa a mí. ¡Seguro!

—Todos se han pasado el día dándole zanahorias a Cuddles —dijo Andy, sin hacer caso de las tristes quejas de Evan—. El hámster las devoraba de un bocado y luego hacía un ruido asqueroso al tragárselas. Estaban todos revolucionadísimos.

—¡No me lo puedo creer! —gimió Evan mirando furioso a Andy—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

Andy puso cara de inocente.

—Quería animarte un poco —replicó.

—¿Qué? ¿Animarme? —chilló Evan.

—Parecías muy deprimido y pensé que esto te animaría un poco. Evan soltó un grito.

—Supongo que no te has animado mucho —murmuró Andy. Cogió otro puñado de hierba y dejó que las briznas le cayeran sobre los tejanos blancos.

Evan se acercó a grandes zancadas al borde del arroyo y le dio una patada a una piedra.

—Venga, Evan —le llamó Andy—. Tienes que admitir que es bastante divertido.

Él se dio la vuelta bruscamente.

—No lo es —insistió—. No tiene ninguna gracia. ¿Y si Cuddles sigue creciendo? ¿Qué haremos entonces?

—¡Podríamos ensillarlo y alquilarlo para dar paseos! —rió ella.

Evan frunció el ceño y pateó otra piedra.

—Tú sabes lo peligrosa que es la Sangre de Monstruo. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a conseguir que Cuddles recupere su tamaño normal?

Andy se encogió de hombros y arrancó otro puñado de hierba.

El sol se hundía tras los árboles y la sombra los cubrió.

Dos niños pequeños jugaban a fútbol con una pelota roja y blanca al otro lado del arroyo. Su madre les gritó que tuvieran cuidado de no mojarse.

—¿Dónde está el tarro de Sangre de Monstruo? —preguntó Evan, de pie al lado de Andy—. A lo mejor en la etiqueta se explica algún antídoto. Tal vez indique cómo dar marcha atrás.

Andy sacudió la cabeza.

—Evan, sabes perfectamente que en el tarro no pone nada. No hay instrucciones, ni enumera ingredientes, nada. —Se levantó y se sacudió las perneras de los pantalones—. Me tengo que ir a casa. Mi tía no sabe dónde estoy y debe de estar nerviosísima.

Evan la siguió hasta la calle.

—¿Cómo será? —murmuró.

Andy la miró.

—¿Qué dices?

—Que cómo será Cuddles mañana —repitió Evan con voz

trémula—. ¿Qué tamaño tendrá?

22

—Andy, ¿quieres darte prisa?

Evan había accedido a reunirse con ella al día siguiente en casa de la tía de Andy para ir temprano al colegio. Pero ella había visto que llevaba una mancha en el pantalón y había subido a cambiarse a su habitación. Ya no era temprano en absoluto.

—Lo siento —se excusó Andy bajando los escalones de dos en dos. Se había cambiado toda la ropa. Ahora llevaba un chaleco de rayas rojas y negras con una camiseta amarilla y unos pantalones cortos azules.

—¿No se te ha olvidado ningún color? —preguntó Evan con sarcasmo, mientras cogía la mochila de Andy y se apresuraba hacia la puerta.

—Me gustan los colores llamativos. Van con mi personalidad.

—¡Pues tu personalidad llega tarde!

Andy salió tras él y atravesaron el jardín.

—Yo por lo menos tengo personalidad —gritó—. ¿A qué viene tanta prisa? .

Evan no contestó. Se ajustó la mochila al hombro y echó a correr hacia el colegio.

—¡Eh! ¡Espera! —Ella corrió detrás de él.

—¿Cuánta Sangre de Monstruo le diste a Cuddles? —preguntó Evan sin aminorar el paso—. ¿Todo el tarro?

—¡No! —respondió Andy sin aliento—. Sólo una cucharada. Creo que le gustó.

—Supongo que también le gustaría ser más grande que un perro.

—Evan dobló una esquina y el colegio apareció a la vista.

—A lo mejor hoy ya está normal —aventuró ella.

Pero al acercarse al edificio de ladrillo rojo, advirtieron enseguida que la situación no tenía nada de normal. Evan oyó un fuerte ruido como de cristales rotos. Luego gritos excitados, alarmadas voces de niños.

—¿Qué pasa?—preguntó Andy.

Echaron a correr escaleras arriba e irrumpieron en el edificio. Doblaron una esquina a toda velocidad en dirección a la clase de ciencias. Evan llegó unos pasos por delante de Andy. Todo eran gritos y chillidos. Guando entró en el aula se detuvo en seco con una exclamación de horror.

—¡No! ¡No, por favor!

—¡Atrás! ¡Atrás todos! —aullaba el señor Murphy con la cara roja.

Cuddles soltó un gruñido y agitó sus gigantescas patas en el aire.

—¡Mide tres metros de altura! —le gritó Andy.

El hámster gruñía, resollaba y batía el aire con las patas, alzándose muy por encima del señor Murphy. En su boca monstruosa, abierta de par en par, aparecían dos enormes y afilados dientes blancos.

—¡Atrás! ¡Atrás todos! —chillaba el señor Murphy.

Los niños, aterrorizados, se apretujaban contra las paredes. El profesor cogió una silla de madera con una mano y la correa de perro rota con la otra, y sosteniendo la silla por el respaldo se acercó al monstruo como un domador de leones.

—¡Al suelo, Cuddles! ¡Siéntate! ¡Al suelo!

Azuzó con la silla al hámster gigante e hizo restallar la correa como si fuera un látigo. Los ojos húmedos de Cuddles, grandes como pelotas de fútbol, miraban al congestionado profesor. El hámster no parecía muy impresionado con todo aquel numerito del domador.

—¡Al suelo, Cuddles! ¡Al suelo!

Al señor Murphy le temblaba la barbilla y su enorme barriga brincaba arriba y abajo dentro de su ajustado jersey de punto. Cuddles tensó los labios para enseñar los dientes y soltó un gruñido que estremeció los apliques de luz. La sala se llenó de gritos

aterrorizados. Evan miró hacia atrás y vio a una horrorizada multitud de profesores y alumnos arracimados en la puerta.

—¡Al suelo, Cuddles!

El señor Murphy movió la silla y restalló la correa de perro cerca de la palpitante y peluda barriga del hámster. Los gigantescos ojos negros lo miraron furiosos. Cuddles arañó el aire con las garras.

Andy se había aferrado con fuerza al hombro de Evan.

—¡Esto es terrible! —gritó—. ¡Terrible!

Evan quiso contestar, pero unos chillidos de espanto apagaron sus palabras.

Cuddles había cogido la silla con las dos garras.

—¡Suelta! ¡Suelta! —exclamó el señor Murphy, intentando no soltar la silla. Cuddles seguía tirando y el señor Murphy agarraba el respaldo desesperadamente. Al final tuvo que soltar el látigo para coger la silla con las dos manos.

La pelea fue muy breve. Cuddles ganó con toda facilidad. Le dio tal tirón a la silla que casi le arrancó los brazos al señor Murphy. El profesor cayó pesadamente al suelo con un gemido.

Los niños gritaban. Dos profesores se apresuraron a ayudar al señor Murphy a levantarse. Evan vio cómo el hámster se llevaba la silla a la boca. La enorme boca se abrió, aparecieron los grandes dientes blancos, el morro rosado se frunció, los ojos húmedos pestañearon... Y Cuddles hizo añicos la silla a dentelladas. Una lluvia de astillas cayó al suelo. Los dientes sonaban contra la silla como un hacha al cortar un árbol.

Todos se quedaron petrificados de horror. Andy le apretaba tanto el hombro a Evan que le hacía daño.

—Todo ha sido por culpa nuestra —murmuró.

—¿Nuestra? —exclamó Evan—. ¿Nuestra?

Andy no hizo caso de su sarcasmo. Estaba mirando al hámster con el miedo reflejado en los ojos. ¡Cuddles había dejado la silla convertida en un montón de astillas!

—Tenemos que hacer algo, Evan —susurró, acurrucada junto a él.

—¿Pero qué? —replicó él con voz trémula—. ¿Qué podemos hacer?

De pronto se le ocurrió una idea.

23

—¡Ven conmigo! —gritó, tirando del brazo de Andy.

Ella vaciló, sin dejar de mirar al hámster gigante.

—¿Adonde?

—Tengo una idea. ¡Pero hay que darse prisa!

Cuddles avanzaba pesadamente hacia la mesa del señor Murphy, haciendo crujir el suelo a su paso.

—¡Aquí, Cuddles! ¡Aquí! —El señor Murphy le estaba tirando puñados de pipas. Cuddles lo miró con expresión de enfado. Las pipas eran tan pequeñas que ni se molestó en probarlas.

—¡Deprisa! —Evan sacó a Andy a tirones de entre la asustada multitud de profesores y alumnos que había en la puerta y luego echó a correr con todas sus fuerzas hacia la sala de actos.

—¡No podemos huir así sin más! ¡Tenemos que hacer algo! —gritó Andy.

—No estamos huyendo. ¡La escultura de mi padre está en la sala de actos!

—¿Cómo? —Andy entornó los ojos—. Evan, ¿es que te has vuelto loco de remate? ¿Para qué queremos ahora la escultura de tu padre?

Evan entró como una exhalación en la sala de actos y echó a correr por el pasillo hacia el escenario, donde había dispuestas varias esculturas.

—¡No entiendo nada, Evan!

—Mira —explicó él sin aliento, señalando la escultura que había en la parte de atrás del escenario—, es como la rueda de un

hámster, ¿lo ves?

Andy se la quedó mirando con la boca bien abierta.

—Es una enorme rueda de metal, y da vueltas —prosiguió Evan mientras subían al escenario—. Venga, ayúdame a llevarla a la clase de Murphy. Es bastante grande para Cuddles.

—¡Mi madre! —exclamó Andy—. ¿Quieres llevarle una rueda a Cuddles? ¿Para qué?

—Para distraerlo —contestó Evan, cogiendo la escultura por un costado—. Si podemos lograr que Cuddles se ponga a dar vueltas en ella, tendremos tiempo para pensar qué hacer con él, y además así dejará de hacer añicos el colegio entero.

Andy cogió la rueda por el otro lado.

—A lo mejor Cuddles hace tanto ejercicio con ella que pierde peso. Tal vez se encoja hasta recuperar su tamaño normal —aventuró.

Por suerte, el pedestal de la escultura tenía ruedas. Entre los dos la empujaron hasta la puerta lateral del escenario.

—Yo sólo pretendo distraerlo. Quiero ganar tiempo para pensar, para que se nos ocurra algo.

—¡Uf! ¡Cómo pesa! —Por fin salieron al pasillo—. Sí que es lo bastante grande para Cuddles.

—Eso espero —replicó Evan solemne.

Para cuando llegaron a la clase, el gentío de profesores y alumnos era todavía mayor.

—¡Paso! ¡Paso! —gritaron Andy y Evan, abriéndose camino a empujones.

Por fin pudieron colocar la rueda en mitad de la habitación. El hámster tenía arrinconados a dos profesores, que apretujaban la espalda contra la pizarra. Cuddles les estaba enseñando los dientes y palmeaba sus enormes garras como si estuviera ansioso por luchar contra ellos. Evan se quedó de piedra al ver la mesa del señor Murphy aplastada en el suelo.

—¡He... he llamado a la policía! —gritó el profesor con la cara perlada de sudor—. Les he suplicado que vengan, pero cuando les he explicado que se trataba de un hámster gigante no me han creído. ¡Pensaban que era una broma!

—¡Todos atrás! —gritó Evan—. ¡Atrás, por favor! ¡Que Cuddles

vea la rueda!

El hámster gigante se dio la vuelta de pronto. Los dos profesores aprovecharon para escapar y adultos y niños salieron corriendo y gritando hacia la puerta.

—A lo mejor se pone a jugar con la rueda —le explicó Andy al señor Murphy—. Así tendremos tiempo para pensar qué hacer con él.

—¡La ha visto! —exclamó el señor Murphy sin aliento y con la papada temblorosa.

Cuddles, efectivamente, se había quedado mirando la rueda. Su cola golpeaba ruidosamente la pizarra. El hámster se dejó caer a cuatro patas y empezó a acercarse pesadamente a la escultura.

—La ha visto. Va hacia ella —murmuró Evan.

El silencio cayó sobre la clase. Todos miraban al hámster.

«¿Entrará Cuddles en la rueda? —se preguntaba Evan conteniendo la respiración—. ¿Jugará con ella? ¿Dará resultado mi plan?»

24

El hámster olisqueó la escultura arrugando el morro y soltó un gruñido. Luego se alzó sobre sus patas traseras. Su sombra gigantesca cubrió la clase. Con otro gruñido espeluznante, cogió la rueda con las garras delanteras y se la acercó a la cara.

—¡No! —gritó Evan—. ¡No, Cuddles!

El metal resonó cuando Cuddles le dio un mordisco. Evan vio unas profundas dentelladas en el aluminio. El roedor intentó morder otra vez, pero al ver que no podía destrozar la rueda, la arrancó del pedestal y se puso a agitarla furiosamente entre las garras y los dientes. Luego la lanzó por los aires y rompió una ventana.

—No ha funcionado —masculló Andy.

Evan sacudió la cabeza tristemente. El plan había fallado. ¿Qué podía hacer ahora? No tuvo tiempo para pensarlo. De pronto oyó gritos y alaridos de terror.

—¡Suéltalo, Cuddles! ¡Suéltalo! —aullaba el señor Murphy.

Evan se dio la vuelta y vio que el hámster había atrapado a un niño. ¡Era Conan! Cuddles lo tenía cogido con las dos garras y se lo estaba llevando a la boca.

—¡Suelta! ¡Suelta! —gritaba el señor Murphy.

Conan agitaba brazos y piernas.

—¡Socorro! ¡Aaaah! ¡Socorro! —bramaba. Se echó a llorar con entrecortados sollozos. Las lágrimas le corrían por las mejillas enrojecidas—. ¡Socorroooo! ¡Mamaaaaaá! ¡Mamaaaaaá! ¡Socorrooooo!

En otras circunstancias, Evan habría disfrutado viendo a Conan llorar como un niño pequeño, pero aquello era demasiado grave. ¡Cuddles podía comerse a Conan! Evan cogió a Andy del brazo.

—¿Dónde está la Sangre de Monstruo?

—¿Eh? En mi taquilla, escondida debajo de un montón de cosas. ¿Por qué?

—La necesito. Ven, tengo otra idea.

—Espero que sea mejor que la última.

Antes de salir corriendo ambos miraron atrás. Cuddles estaba jugando con Conan, lanzándoselo de una pata a otra y lamiéndolo con su gigantesca lengua sonrosada. Conan sollozó hasta quedarse ronco. Evan echó a andar hacia la taquilla de Andy.

—Voy a comer Sangre de Monstruo —le dijo, pensando en voz alta—. Comeré mucha para hacerme más grande que Cuddles.

—Ya lo entiendo. Te vas a convertir en un gigante, tan grande como Cuddles.

—No —replicó Evan—. Más grande. Mucho más grande. Me voy a hacer tan grande que Cuddles me parecerá del tamaño de un hámster normal. Entonces lo meteré en el armario de los trastos y cerraré la puerta.

—Tu plan es una tontería —le dijo Andy.

—Ya lo sé.

—Pero vale la pena intentarlo.

Evan tragó saliva y se quedó mirando la taquilla de Andy.

—¡Oh, no! —gritó ella al ver lo mismo que él.

La puerta de la taquilla estaba abombada como si estuviera a punto de estallar y una masa verde gelatinosa rezumaba por los lados escurriéndose hacia el suelo.

—¡La Sangre de Monstruo se está saliendo! —exclamó Andy.

Evan se apresuró a coger el pomo de la puerta y empezó a tirar.

—¿Está cerrada?

—No.

Evan siguió tirando con todas sus fuerzas.

—¡No puedo abrirla!

—Déjame a mí.

Pero antes de que Andy pudiera acercarse, la puerta se abrió con un fuerte chasquido, y Evan se vio cubierto de pegajosa pasta verde.

No pudo ni lanzar un grito. La sustancia se había vertido sobre él como una gigantesca ola.

Una ola de Sangre de Monstruo.

«¡Me va a enterrar!», pensó Evan.

La masa pegajosa seguía saliéndose de la taquilla, cayendo sobre él, cubriéndolo, asfixiándolo.

«¡Me está chupando! ¡No me puedo mover! ¡No me puedo mover!», se repetía sin cesar.

25

Cuando la pesada ola verde le cayó sobre la cabeza, Evan cerró los ojos y levantó las manos intentando protegerse. No le sirvió de nada: la Sangre de Monstruo lo tiró al suelo, pataleando y dando manotadas.

«Estoy aquí dentro atrapado —pensó de pronto Evan—. Atrapado...»

De pronto sintió que unas manos le cogían por los tobillos y tiraban de él con fuerza. Entonces empezó a deslizarse por el suelo, sobre la densa capa de Sangre de Monstruo.

—¡Ya te tengo! —oyó que gritaba Andy—. ¡Estás fuera!

Evan abrió los ojos. Tenía Sangre de Monstruo pegada a la ropa y a la piel, pero estaba libre.

—Gracias —murmuró débilmente mientras se levantaba todo tembloroso.

Todavía se oía gritar y chillar a Conan en el aula. Evan se dio cuenta de que estaba a tiempo de salvarlo. Arrancó un trozo de Sangre de Monstruo de la trémula masa verde y se lo metió en la boca.

—Voy a vomitar —gimió Andy cogiéndose el estómago.

Evan tragó saliva y fue a coger otro trozo.

—No sabe mal —dijo—. Tiene gusto a limón.

—¡No comas demasiado! —advirtió Andy, tapándose a medias los ojos pero viendo cómo se tragaba otro bocado.

—Tengo que crecer hasta que Cuddles se me quede del tamaño de un hámster normal —contestó Evan, que seguía tragando Sangre

de Monstruo. Ya notaba que empezaba a crecer. La cabeza le llegaba a la parte de arriba de las taquillas.

En el aula se oyó otro chillido de terror de Conan.

—¡Vamos! —bramó Evan. Su voz resonaba profundamente en su nuevo y enorme cuerpo. Notaba que seguía creciendo más y más.

Tuvo que bajar la cabeza para entrar por la puerta de la clase. Profesores y alumnos se apartaron de su camino, gritando alarmados y sorprendidos. Evan atravesó el aula, pasó por delante del señor Murphy y llegó frente al hámster gigante.

—¡Soy tan grande como Cuddles! —le gritó a Andy.

Tendió la mano y le arrebató a Conan de las garras. Cuddles quiso recuperarlo, pero Evan ya lo había dejado suavemente en el suelo.

—¡Socorrooooo! ¡Socorroooo! —Conan salió disparado de la clase, aullando como un loco.

Evan se volvió para enfrentarse al hámster. El niño y el animal se quedaron mirándose a los ojos. Cuddles arrugó el morro y olisqueó, aspirando con tal fuerza que Evan casi se cayó hacia delante.

«Tengo que seguir creciendo más —se dijo Evan dando un paso atrás—. Tengo que seguir creciendo», repitió.

Cuddles lo miraba con cautela, siempre husmeando. Sus ojos húmedos estaban clavados en Evan como si intentara dilucidar si era amigo o enemigo.

—¿No te acuerdas de mí, Cuddles? —dijo Evan suavemente—. ¿No te acuerdas? Soy el que te da de comer todos los días después de clase.

«¡Tengo que seguir creciendo! ¿Por qué no crezco más?», seguía interrogándose.

Abajo, en el suelo, Andy, el señor Murphy y los demás, acurrucados contra la pared más lejana, miraban a los dos gigantes con silencioso terror.

«¡Tengo que seguir creciendo! ¡Tengo que seguir creciendo!», repetía Evan para sí.

No había forma de coger a Cuddles. Ambos eran exactamente de la misma altura. ¡Y Cuddles pesaba por lo menos una tonelada más que él!

«¡Tengo que seguir creciendo!», se repetía.

—¿Qué pasa, Andy? —preguntó con voz trémula—. Me he comido un montón de masa de ésa, ¿por qué he dejado de crecer?

—¡No lo sé! —le gritó ella. Su voz era tan débil como el chillido de un ratón. Andy tenía el tarro azul en la mano y estaba leyendo la etiqueta—. ¡No lo sé, Evan! ¡No sé por qué no creces más !

Evan se volvió para enfrentarse a Cuddles. El hámster tendió las dos patas y lo cogió por la cintura.

—¡Ah! —gritó Evan cuando Cuddles intentó levantarlo por los aires. Alzó la vista y vio las fauces abiertas del animal y sus afilados dientes blancos. Se debatió desesperadamente hasta que logró soltarse y entonces rodeó al

hámster con los dos brazos y comenzaron a luchar. Evan se defendía con todas sus fuerzas, pero Cuddles era mucho más fuerte y al final logró tumbarlo de espaldas en el suelo. Evan se dio la vuelta rápidamente, se puso en pie y esta vez fue él quien derribó al hámster. Los dos gigantes siguieron peleando en el suelo, rodeados por los agudos chillidos de alumnos y profesores.

«¡Que crezca! ¡Que crezca, por favor!», suplicó Evan.

Pero se dio cuenta de que era demasiado tarde. El hámster echó sobre él su cuerpo caliente y peludo, aplastándole. Evan sentía el atronador latido del corazón de Cuddles. Luego vio que los dientes se alzaban sobre su cabeza. El hámster tenía las fauces abiertas, de las que emanaba un aliento pestilente. Evan cerró los ojos.

—Lo siento —murmuró, dirigiendo su mirada a Andy.

Contuvo el aliento y esperó sentir la dentellada.

26

Entonces oyó un *pop*, como si se destapara el corcho de una botella y, todavía tumbado de espaldas en el suelo, abrió los ojos.

—¿Eh? —Cuddles había desaparecido. Se había evaporado. Evan se quedó mirando los rostros perplejos de niños y profesores, que seguían pegados a la pared—. ¿D-dónde está Cuddles?—balbuceó.

Andy estaba inmóvil como una estatua, con la boca abierta. Al cabo de un momento, Evan se dio cuenta de que era tan grande como él. De hecho todo el mundo era de su mismo tamaño. Entonces se incorporó.

—¡Eh! ¡Vuelvo a tener mi tamaño normal! —exclamó, y sacudió la cabeza como si quisiera quitarse de encima el recuerdo de la pelea con el hámster gigante.

—¡Ahí está Cuddles! —dijo Andy, señalándolo.

Evan se dio la vuelta y vio a Cuddles acurrucado junto a la pared.

—¡Vuelve a ser un pequeño hámster! —exclamó alegremente. Dio tres rápidos pasos y cogió a Cuddles con las dos manos—. ¡Ya te tengo! —Sin soltarlo volvió junto a Andy y los demás—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha encogido?

Andy miraba el tarro de Sangre de Monstruo. De pronto se echó atrás el pelo y con un brillo en los ojos estalló en carcajadas.

—¡Es la fecha de caducidad! —gritó encantada—. ¡El tarro caducaba... hoy! ¡La Sangre de Monstruo perdía su efecto hoy! ¡La magia se ha consumido!

Evan soltó un grito de júbilo.

El señor Murphy se acercó corriendo con una amplia sonrisa en su rostro redondo y rodeó a Evan con el brazo.

—¡Buen trabajo, Evan! ¡Buen trabajo! —exclamó—. Has salvado el colegio. ¡Estoy orgulloso de ti!

—Gracias, señor Murphy —contestó tímidamente Evan.

—No podrás entrar en el equipo de baloncesto, ahora que eres bajito otra vez —dijo el profesor, siempre sonriendo—. Pero la pelea con Cuddles ha sido muy buena. ¿Nunca se te ha ocurrido unirse al equipo de lucha?

Andy fue a cenar esa noche a casa de Evan. Él salió a abrirle la puerta. Tenía muchas ganas de contarle que los chicos le habían pedido perdón por no creer su historia de la Sangre de Monstruo. Pero antes de que pudiera decir nada, Andy le tendió un gran paquete marrón y le dedicó una sonrisa.

—¿Qué es? —preguntó Evan, caminando detrás de ella hacia el salón.

—Un regalo que me mandan mis padres de Europa —contestó ella, sonriendo todavía más—. No te lo vas a creer.

Cuando Andy comenzaba a abrir el paquete sonó el timbre de la puerta y Evan fue a ver quién era.

—¡Señor Murphy! —gritó sorprendido.

—Hola, Evan —saludó su profesor. Su cuerpo rechoncho ocupaba casi todo el rellano de la entrada—. Yo espero no interrumpirte la cena.

—No. ¿Quiere pasar?

—No, gracias —dijo el señor Murphy con expresión solemne—. He venido porque pienso que te mereces una recompensa, Evan. Hoy te has portado como un verdadero héroe.

—Bah, no ha sido nada —contestó Evan tímidamente. Notaba que se estaba poniendo colorado.

«¿Qué tipo de recompensa? —se preguntó mirando al profesor—. ¿Dinero?»

El señor Murphy levantó en el aire la jaula del hámster.

—He decidido regalarte a Cuddles —le dijo—. Sé lo mucho que te gusta.

—¡No, por favor! —suplicó Evan.

—Es un pequeño regalo para demostrarte lo agradecido que estoy, lo agradecidos que estamos todos.

—¡No! ¡Por favor!

Pero antes de que Evan se diera cuenta, ya tenía la jaula del hámster en la mano y el señor Murphy se alejaba hacia su coche caminando como un pato.

—¿Te ha regalado a Cuddles? —le preguntó Andy cuando Evan volvió al salón.

—Es mi recompensa —contestó él con los ojos en blanco, dejando la jaula en la mesa—. ¿No te parece increíble? r

—¡Esto sí que es increíble! —declaró Andy—. ¡Mira lo que me mandan mis padres de Europa! —Metió la mano en la bolsa y sacó un tarro de plástico azul—. ¡Sangre de Monstruo!

—¡Oh, no! —gimió Evan.

—Me dicen en la carta que se acuerdan de lo mucho que me divertí con el otro tarro —explicó Andy—, y que cuando encontraron éste en un almacén de juguetes de Alemania decidieron comprármelo.

A Evan se le dilataron los ojos en una expresión de terror.

—¡No la habrás abierto! —preguntó con cautela.

—Pues sí. Sólo para echar un vistazo. Pero no voy a utilizarla, de verdad, te lo prometo.

Evan fue a decir algo, pero le interrumpió la voz de su madre desde la cocina.

—¡La cena está lista! ¡Lavaos las manos y venid a la mesa!

Andy dejó el tarro de Sangre de Monstruo en la mesa del rincón y se fue corriendo con Evan a lavarse las manos.

La cena fue muy animada. Tenían muchísimas cosas de que hablar. Bromearon sobre lo sucedido en el colegio. Ahora que todo había pasado, podían reírse a gusto.

Después de la cena los dos volvieron al salón. Andy fue la primera en ver que la jaula del hámster estaba abierta de par en par. ¡Y estaba vacía! Evan fue el que vio a Cuddles encima de la mesa.

—¡Cuddles! ¿Qué estás comiendo? —gritó—. ¿Qué estás comiendo?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.